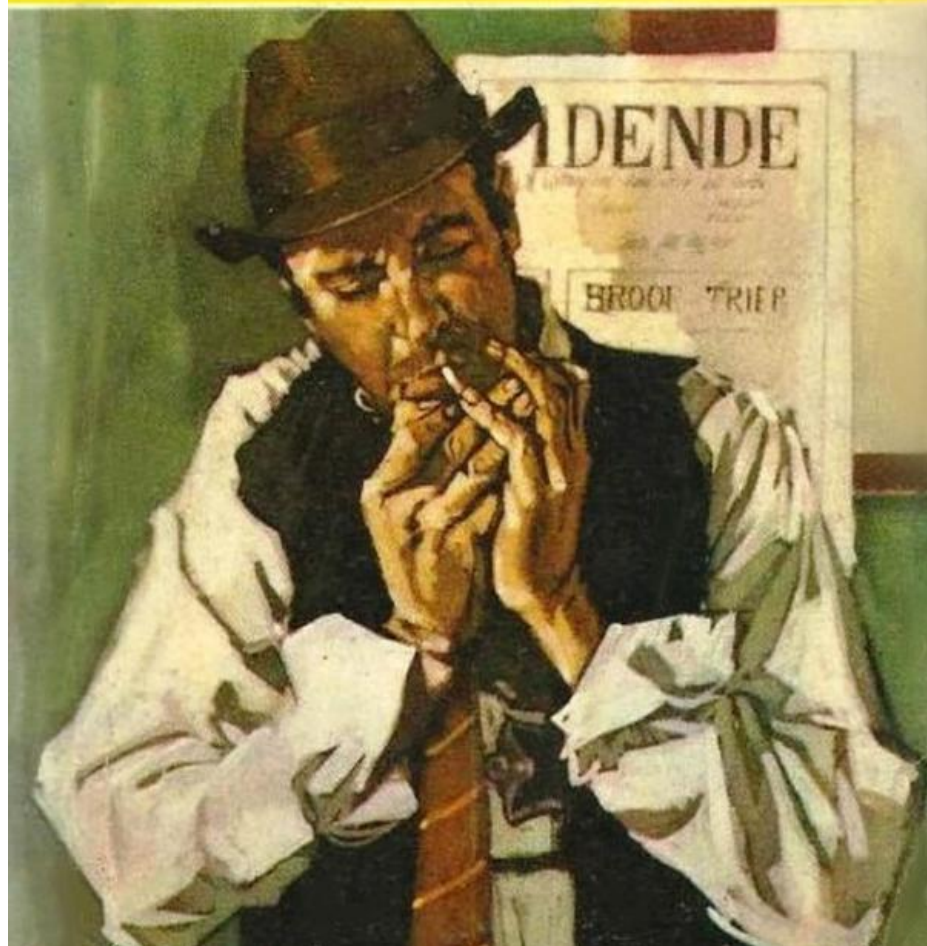


PUNTO
ROJO

la noche negra



burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

LA NOCHE NEGRA

Colección PUNTO ROJO n.º 284

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal: B. 16.853 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: octubre 1967

© BURTON HARE - 1967

sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1967

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

SERVICIO SECRETO:

- 863 — Trampa diabólica.
- 875 — Una sombría noche.
- 885 — La seductora muerte.

PUNTO ROJO:

- 266 — La senda del delito.
- 267 — Un día para morir.
- 279 — Un *gun-man* llamado Coleman

ALTO SECRETO:

- 6 — El FBI al acecho.

ARCHIVO SECRETO:

- 147 — Se necesita un cadáver.
- 155 — Destino: el infierno.
- 164 — Un crimen tras otro.

Estaban acurrucados en la oscuridad, igual que sombras adheridas a las rocas, con el agua chapoteando violentamente a sus pies, salpicándoles. Un viento huracanado inclinaba los troncos de las palmeras y levantaba surtidores de espuma sobre las crestas de las olas.

Eran cinco hombres. Enfundados en impermeables, las cabezas cubiertas por sombreros chorreantes.

Ninguno hablaba. El más cercano al embarcadero de madera que se extendía a sus pies sostenía una gruesa linterna en las manos. Forzando la mirada, podía ver cómo se estremecían los soportes del embarcadero. Los crujiidos de las maderas se unían al silbido del viento y al rugir del mar.

A unos cien metros, otros tres hombres trataban de guarecerse del vendaval y del agua del mar, que saltaba de roca en roca. Tan silenciosos como sus compañeros, aguardaban algo que habían estado esperando durante meses.

Puede decirse que toda la plantilla de agentes federales de Miami se habían reunido en la costa, bajo los primeros zarpazos del huracán que avanzaba raudo después de arrasas Cuba.

—¿Crees que vendrán? —susurró uno de ellos subiéndose el cuello del impermeable.

—Seguro. A menos que el huracán los mande al infierno antes de llegar a tierra.

Los cayos se extendían en la oscuridad como un cinturón pétreo que en vano trataba de proteger la costa de Florida. Las gigantescas olas se encrespaban por momentos. El rugido del viento era cada vez más agudo.

El que llevaba el mando del grupo de cinco hombres gruñó:

—Si esto sigue así mejor será que nos vayamos. Ninguna embarcación es capaz de navegar bajo el huracán, y menos acercarse a tierra...

Sin embargo, olvidaban que el eje del fenómeno atmosférico no había llegado todavía a las costas rodeadas de cayos. Las olas se alzaban más y más, y el mar rugía como si una convulsión geológica desgarrara sus entrañas, pero el huracán apodado *Inés* tardaría todavía unas dos horas en estar encima de la tierra norteamericana.

Y en el mar, sobre las encrespadas olas, una rauda embarcación a motor volaba materialmente, empujada por sus motores diésel y por el

viento de popa que se había convertido en un tercer motor, más poderoso que todos los ingenios mecánicos.

Sólo tres hombres tripulaban la embarcación, un yate que normalmente precisaba de cinco tripulantes. Uno de los tres se limitaba a esperar algo indefinido, sentado en el camarote central viendo los esfuerzos del piloto por mantener el rumbo en medio de la tormenta.

El tercero se ocupaba, en las entrañas del navío, de forzar los motores y controlar la marcha de éstos y el fluir incesante del combustible.

En la cabina de mando, el piloto gruñó:

—Le llevamos una buena delantera...

—¿A quién? —preguntó el hombre inactivo, como si despertara de un sueño.

El otro rió por lo bajo.

—Al *Inés* —dijo.

—El huracán nos alcanzará en menos de veinte minutos, Quince es el máximo que nos queda para llegar a tierra y ponernos a salvo. En caso contrario...

El otro se encogió de hombros, indiferente al incierto destino que les aguardaba. Hablaban en inglés, pero el que permanecía inactivo lo hacía con un violento acento extranjero y a regañadientes, como si solo se sometiera a ello debido a la incapacidad del piloto para comprender otro idioma que no fuera el suyo.

—El barómetro ha caído hasta abajo —refunfuñó al cabo de un rato—. Y todavía nos faltan más de diez millas...

No obtuvo respuesta. Después, ordenó:

—Apaga las luces.

—Nadie las verá de todos modos. ¿Quién cree usted que estará en la costa en una noche como ésta?

—¡Apágalas!

—Oh, está bien, está bien... a la orden. ¿No es así como se dice entre ustedes?

Alargó la mano y pulsó un interruptor. El yate quedó a oscuras, envuelto en una negrura total y rugiente, la misma que zarandeaba a los hombres apostados en las sombras, bajo las rocas, esperando precisamente a aquella embarcación misteriosa que se acercaba a ellos en una suicida competición con el huracán que la empujaba, a pocas millas de su popa.

Eran hombres entrenados en las más duras disciplinas, adiestrados hasta la saciedad para toda clase de luchas, emboscadas y golpes de mano. *Quantico* forja esa clase de tipos, rudos y fuertes, cultos y legalistas, que han dado fama a la institución a la cual pertenecen.

No obstante, ni siquiera en *Quantico* les habían enseñado cómo soportar un huracán a pecho descubierto. Podían luchar contra toda clase de enemigos, pero no contra los elementos desencadenados.

Uno de ellos comentó, casi a gritos para hacerse oír entre el fragor del viento y del mar:

—¡Si no conseguimos echarle el guante habrá que oír a los de Washington!

Nadie respondió. Dominaban perfectamente sus nervios, pero los ojos les dolían de forzarlos por encima de las olas gigantescas, buscando la embarcación que navegaba ya muy cerca, manejada por una mano maestra.

De repente, y como si formara parte del concierto de los elementos, sonó un seco estampido. Fue algo tan inesperado que tardaron unos segundos en reaccionar, en comprender que se trataba de un disparo.

No obstante, cuando vieron que uno de ellos daba un salto fuera de las rocas y se despeñaba hasta desaparecer en el mar, los fusiles ametralladores surgieron de la protección de los impermeables.

Sólo que no sabían contra quién disparar, ni dónde estaba el enemigo que acababa de abatir a uno de los agentes.

Pero pronto lo supieron. Una verdadera andanada rugió desde arriba y los proyectiles aullaron lúgubrementemente al rebotar en las rocas.

Eran varios los que disparaban, y sus armas automáticas no tenían nada que envidiar a las de los agentes federales. Estos habían abierto el fuego también desde los emplazamientos que ocupaban. Sabían que estaban cercados, ya que a sus espaldas estaba el mar embravecido, pero aquella era una lucha que conocían bien.

Se desplegaron, calándose hasta los huesos a causa del agua que cayó sobre sus cabezas a cada rebote de las olas. Sus ametralladoras no cesaban de vomitar fuego y muerte en ruidosa réplica a los criminales asaltantes.

El grupo de tres que estaba separado de los primeros entró en acción simultáneamente. Sus armas dominaron el escenario de la batalla por unos instantes, al pillar por sorpresa a los emboscados tiradores, que no habían contado con aquellos combatientes.

Luego, reanudaron el ataque, más precavidos si cabe, más certeros a causa de su ventajosa posición. Otro agente voló a hundirse en el mar, alcanzado por una de las mortales ráfagas.

El viento huracanado era ya tan violento que amenazaba con derribarlos cada vez que cambiaban de posición. Aullaba como una bestia ciclópea, ahogando el estruendo de las ametralladoras y los gritos de los que caían.

Dos hombres del FBI, pertenecientes al segundo grupo, se deslizaron por las rocas hacia el embarcadero. Sabían que desde allí tendrían un más amplio campo de tiro para batir a sus enemigos. Pronto el agua alborotada los azotó una y otra vez, intentando arrojarlos fuera de la estrecha comisa por la que descendían...

El agua no lo consiguió. Fue el plomo criminal el que los abatió desde

las alturas, convirtiéndolos en muñecos sin vida antes que fueran tragados por las olas, para ser arrojados después contra las mismas rocas, reiteradamente, hasta destruirlos igual que un niño destrozaría un pequeño juguete del que ya estuviera cansado...

Las ráfagas de ametralladora no cesaban, pero todavía no habían visto caer ni uno solo de los asaltantes. A decir verdad, no sabían exactamente dónde se guarecían. Sólo de vez en cuando lograban distinguir el chispazo anaranjado de un arma de fuego...

Era el único punto de referencia con que podían contar.

Tampoco los atacantes tenían mejor visibilidad, pero su ventajosa posición les permitía barrer a ciegas un gran trecho de rocas. Era un continuo chorro de plomo el que se abatía sobre los sentenciados agentes federales...

No obstante, resistieron tanto tiempo que hubo un instante en que creyeron que lograrían salvar también tan comprometida situación.

Pero no fue así. Cada uno de ellos estaba íntimamente convencido de que no vería el amanecer del nuevo día. Tan pronto como el huracán llegara todo habría terminado por cuanto la fuerza del viento les arrancaría de las rocas para arrojarlos al mar como troncos...

Y el huracán llegaba por momentos. Y delante del huracán, como un oscuro fantasma, la gran lancha motora, encaramada en las crestas de las olas...

La embarcación que habían estado esperando...

John Greaves, el único superviviente del grupo de tres, fue quien la vio primero. Apenas si dio crédito a sus ojos, pues era inconcebible que aquel cascarón hubiera podido desafiar la tormenta sin ser despedazado.

John Greaves había cumplido veintiocho años recientemente. También recientemente se había cumplido el primer aniversario de su incorporación al FBI, de todo lo cual se sentía más que orgulloso.

Pero ahora ya sabía que no se cumpliría el segundo. Había sido una convicción repentina, algo que había entrado en su mente casi con suavidad, subrepticamente. Y pensó que no le gustaba la idea de morir, pero que tampoco era nada como para echarse a temblar.

Otros habían muerto antes, allí, a su lado, y otros morirían. Pero...

El hombre que llegaba en la embarcación...

Ahí radicaba todo el problema. Detener a aquel hombre antes que iniciara sus contactos en tierra...

Esa era la misión.

Detenerlo...

John Greaves rodó por el suelo buscando el amparo de una solitaria palmera que crecía milagrosamente en un talud, y cuyo tronco inclinado semejava un puente que tratara de tenderse sobre la playa. Se acurrucó en su base. El tronco oscilaba como si fuera una débil caña.

Greaves, chorreando agua por todo el cuerpo, casi cegándole, apretó furiosamente el culatín de su pistola ametralladora. Con la misma decisión apretaba los dientes, mientras a su alrededor el plomo zumbaba arrancando esquirlas a las rocas.

No se oían los disparos. Era una pesadilla envuelta en el estampido de las olas, el rugir del viento y el aullido del huracán, cada vez más cerca...

La lancha motora pegó de costado contra el embarcadero. Algunos maderos saltaron hechos astillas y el crujido se oyó débilmente por encima de todo lo demás.

John Greaves levantó el cañón de su metralleta. Un surtidor de agua se abatió sobre él al estrellarse una ola gigante a pocos metros de sus pies. La lancha dio un salto. Parte del embarcadero desapareció repentinamente.

A su derecha, Greaves vio un cuerpo humano desplomándose de roca en roca. No supo si era un enemigo o un compañero. El bulto oscuro desapareció también entre las aguas.

Por encima de su cabeza, una ráfaga arrancó trozos de corteza al tronco en que se apoyaba para guardar el equilibrio y guarecerse. No se movió. Inmóvil, oscilaba con la palmera, como si formara parte de su dura madera.

Vio surgir a los dos hombres de la cabina de la lancha. Aguardó. No sabía si uno de ellos era el que habían esperado o no.

Un tercero surgió corriendo por otra escotilla. Los tres se apelotonaron a un costado, buscando los restos del embarcadero.

Ese fue el momento elegido por Johnny Greaves para apretar el gatillo.

Su arma entró en acción. Tableteó furiosamente, aunque ni él mismo pudo percibir los estampidos. Un chorro de plomo cayó sobre el grupo reunido en la lancha, implacable, desgarrando carne y madera a la vez, sembrando la destrucción y la muerte sin piedad.

Los tres cuerpos fueron zarandeados por las balas. Saltaron en todas direcciones, agitando los brazos, aullando de dolor, muriendo en medio de la tormenta...

Y entonces llegó el huracán. El centro mortal, del fenómeno elevó el agua del mar hasta alturas increíbles, se llevó los tres cuerpos y astilló la lancha motora arrojándola contra las rocas.

Una mano inmensa pareció agarrar la palmera por el tronco, la retorció y la arrancó de raíz. Por unos momentos, el gran árbol semejó suspendido en el aire, girando graciosamente. Una sombra oscura se desprendió de su base y John Greaves voló materialmente, aplastado por el huracán, antes que la palmera fuera arrojada tierra adentro para que, a su paso, destruyera cuanto encontrase.

Fue una negra noche de terror y muerte, en la que se unieron el crimen y los elementos desencadenados para diezmar las fuerzas federales

de la Oficina de Miami, convirtiendo un importante servicio en un holocausto en el que perdieron la vida ocho de sus mejores hombres.

Nadie supo si también había muerto el extranjero que trataban de detener. Sólo Johnny Greaves hubiera podido informar al respecto...

Pero John Greaves, agente del FBI, no podría presentar ya su informe porque también estaba muerto. Destrozado por el huracán, desaparecido en medio de la catástrofe, jamás se sabría qué pensó en aquel instante supremo, cuando la palmera, a la que se agarraba con desesperación, emprendió el vuelo como si fuera una simple pluma...

Tal vez su último pensamiento fue de orgullo por el deber cumplido.

Porque él supo que el extranjero había sido detenido...

Definitivamente.

¿Quién vendría en su lugar?

El Consulado estaba en un edificio blanco, de tres plantas, cuya fachada daba a un jardín tropical en el cual el huracán había dejado también patentes huellas de su paso.

Desde el exterior cualquiera hubiera creído que el edificio se hallaba desierto aquella mañana. No se notaba ni un signo de vida.

No obstante, en su interior, el cónsul se apresuraba en su despacho preparando unos informes que, entre otras cosas, le producían cosquilleos de alegría.

Muy bien podrían ser aquellos papeles los que le apalancasen hasta una Embajada...

Los informes se referían, ni más ni menos, a la batalla entre las fuerzas del FBI y el enlace del coronel Andiles. También ponía de relieve, con falsa modestia, su propia intervención en la preparación de la emboscada, haciendo llegar hasta el FBI informes precisos de las intenciones del mensajero...

Jesús Miranda, cónsul de primera, terminó el trabajo y se recostó en el sillón de roble. No cabía duda que estaba lanzado. El presidente no dejaría de tener en cuenta su lealtad en tan críticos momentos... y, lo que era más importante, su efectividad.

Seguro que sí.

Pulsó un timbre y cuando su primer secretario apareció, le ordenó pasar los mensajes en clave para ser transmitidos inmediatamente. Tras esto se dedicó de lleno a soñar en un brillante porvenir...

Sólo la sombra del maldito coronel Andiles enturbiaba en parte sus sueños rosados. El ambicioso militar, cuyo paradero se ignoraba, era muy capaz de crear más dificultades todavía...

Pero, de momento, el peligro había sido conjurado. Se abrían ante el porvenir días de tranquilidad, que era, a fin de cuentas, lo que debía ser en un lugar como Miami, lleno de sol, aire suave y hermosas mujeres...

Por cierto, debía empezar a preocuparse por la cita de aquella noche...

Sonrió para sí. Sí, era agradable su vida en Miami, aunque fuera en un simple Consulado...

Allá, en su país, las cosas eran distintas. Habladurías, intrigas,

revoluciones abortadas, sangre y miseria. Pero mientras el presidente siguiera en el poder, ¿qué importaba todo esto?

Para esa noche había elegido a una rubia espectacular del «Club Blue Rose». Prometía ser una compañera ardiente y experimentada, como le gustaban al señor cónsul...

* * *

El hombre alto y fuerte se detuvo junto al bar de la playa y pidió un *whisky* doble con hielo. Encendió un cigarrillo y miró a su alrededor sin excesivo interés.

De repente, sus ojos se fijaron en una mujer que avanzaba hacia el bar, pisando la ardiente arena con sus pies desnudos. Era de estatura más que mediana, de senos pequeños y firmes sujetos por la breve prenda superior de un bikini, cuyo color rojo violento contrastaba con el suavemente bronceado de su piel.

Podía decirse cualquier cosa de ella menos que careciera de curvas rotundas y caderas bien delineadas. Se balanceaba con voluptuosidad al andar, como si fuera un ejercicio permanente dedicado al recreo de los demás.

Su rostro era hermoso, con ojos magníficos cargados de insinuaciones picarescas. El hombre alto pensó, al verla, que parecía su expresión la de un gato nunca saciado, siempre un poco hambriento. No era difícil adivinar de clase de alimentos estaba ella hambrienta.

Su cabello negro y largo oscilaba a impulsos de sus movimientos, acariciándole los hombros desnudos.

Cuando entró bajo la sombra del gran toldo que protegía el bar, la mujer fijó su mirada en el hombre alto. Pareció complacida de lo que veía, porque sus labios carnosos esbozaron una leve sonrisa.

Él dijo:

—Hola.

Ella enarcó una ceja.

—¿Nos conocemos?

—No, pero estoy dispuesto a remediar eso ahora mismo mediante un trago. ¿Qué toma?

—Un *Dayquary*. ¿No es muy directa su táctica?

—No es ninguna táctica. Todo lo que hago es dejarme llevar de mis impulsos. Mi nombre es Dan McKenna. De Nueva York.

—El mío April.

—Muy lindo.

El mozo sirvió el pedido, dio un interesado vistazo al panorama que se dominaba desde su elevada posición y frunció los labios en una mueca. Aquella dama resultaba turbadora incluso para un experimentado *barman*.

Ella bebió un sorbo con delicadeza. Luego recorrió la indumentaria del hombre alto desde la corbata hasta los zapatos.

—Usted lleva demasiada ropa para un lugar como éste —comentó.

—En cambio, usted lleva la justa para resultar una visión sugestiva. Bueno, todo se reduce a que no había venido a bañarme, sino a ver a un amigo que no ha aparecido.

—Encontrará bañadores en las casetas del hotel. ¿Se aloja aquí?

—Desde esta mañana.

—Yo también. Nos veremos a menudo.

—Eso hace que mi estancia en Miami cobre interés. ¿Sola?

Ella le miró. La picardía de sus ojos se aguzó al reír.

—¿Le molestaría mucho si le dijera que no?

—No me preocuparía excesivamente. La competencia es necesaria... a veces.

—Ya veo; le gustan las dificultades, ¿no es eso?

—Bien, no las rehuyo.

—Dan McKenna —murmuró ella—. Me gustaría saber a qué se dedica.

—¿Es eso imprescindible?

—Tal vez no, pero una sabe a qué atenerse.

—Tengo algunos negocios de representación.

—¿Quiere decir que es un vendedor?

—Poco más o menos. Vendo de todo un poco... sea lo que sea.

—No tiene usted el tipo de un moscón de esos. Más bien parece un deportista de vacaciones... o uno de esos aventureros misteriosos que aparecen en la televisión.

—No tengo ninguna culpa de ser alto, se lo aseguro.

—No se trata de su estatura. Podría ser usted bajo y rechoncho y causar la misma impresión. Es algo que se desprende de su expresión... de sus ojos tal vez.

—¿He de ruborizarme?

Se echó a reír. Cuando reía dejaba al descubierto unos dientes blancos y brillantes, pequeños como perlas. Y sus labios despertaban deseos inconfesables que al hombre alto no le dejaron indiferente.

La joven terminó su bebida y abandonó el vaso, disponiéndose a regresar a la playa.

—Me gusta el sol y el mar —dijo—. Si encuentra un bañador nos veremos otra vez.

—Seguro que volveremos a vernos, aunque no sea en la playa.

Ella le contempló especulativamente. Había algo en aquel hombre que la desconcertaba. Tal como había dicho, no se trataba de su estatura. Ella conocía a hombres tan altos como él, mejor parecidos incluso. Pero no le causaban el impacto que experimentaba a su lado. Se prometió a sí misma averiguar a qué obedecía semejante estado emocional.

Se apartó del bar. Él la siguió con la mirada, sabiendo que el rítmico balanceo de aquellas caderas y la suavidad alada de los pasos iban dedicados a él en exclusiva, aunque atrajeran las miradas de todos los varones que mosconeaban por las cercanías.

Pagó las bebidas, dirigió una última mirada al hermoso y ondulante cuerpo que se alejaba y retrocedió hacia la entrada del hotel, en cuyo vestíbulo se detuvo unos instantes para encender un cigarrillo.

Minutos más tarde estaba encerrado en su habitación, despojándose de las ropas. Metióse en la ducha. Se vistió con prendas secas y limpias, y entonces se enfrentó con el problema que presentaba el revólver calibre «38» que descansaba en una funda axilar, dentro de la maleta.

Quizá no fuera oportuno cargar con él de momento...

Luego opinó de distinto modo y lo sacó de la funda. Desprendió ésta del arnés y la sujetó en el cinturón, sobre su lado izquierdo. Acto seguido enfundó el revólver y abrochó la chaqueta. Quedaba perfectamente disimulado.

Dan McKenna descendió de nuevo al vestíbulo, depositó la llave en «Recepción» y, por la puerta principal, salió a la avenida Collins.

La principal arteria de Miami Beach era un hervidero de coches apretujándose. Las entradas de los lujosos hoteles que se extendían a todo lo largo de la avenida semejaban riadas humanas entrando y saliendo, empujándose unos a otros, impacientes por llegar o alejarse.

Miró su reloj. Faltaban solamente quince minutos para la hora de la cita, concertada por misteriosos conductos desde Washington. Echó a andar hacia el estacionamiento del hotel, donde había aparcado un brillante «Cadillac» que alguien, debidamente aleccionado, había dejado allí horas antes.

McKenna miró la matrícula para asegurarse de que se trataba del coche debido, extrajo las llaves del bolsillo y abrió la portezuela. Un minuto después, maniobraba para alejarse de allí a creciente velocidad.

El punto de cita quedaba a unas quince millas al norte, poco antes de Hollywood. La carretera discurría junto al mar y resultó un trayecto agradable, a pesar de las evidentes señales del paso reciente del huracán *Inés*.

Dan McKenna frenó ante una verja blanca, de madera, que cercaba un lote de terreno no muy extenso, en cuyo centro se elevaba un alegre bungalow de madera y cristal.

No vio señal alguna de vida en todo lo que alcanzaba la vista.

Una tranquilidad absoluta, tal como correspondía a un paraje creado única y exclusivamente para descanso.

Bien, era justamente el punto de contacto, de modo que estacionó el «Cadillac» a poca distancia de la casa y retrocedió por la acera. El aire cálido del mar era agradable, dando la razón a los folletos de turismo que

cantaban las excelencias de Florida.

La puerta del bungalow estaba abierta. Se detuvo y exclamó:

—¿No hay nadie aquí?

Silencio.

Dan arrugó el entrecejo. Aquello no entraba en las instrucciones.

Avanzó, penetrando en el fresco interior de la vivienda. En alguna parte susurraba un aparato acondicionador de aire. Era el único rumor, exceptuando el cercano del mar al chapotear en la playa.

—¿Tower? —llamó de nuevo.

Nadie respondió tampoco. Se detuvo y extrajo el revólver de la funda.

Forzó sus sentidos en un vano intento de captar el más leve movimiento, cualquier roce o rumor que delatara la presencia de un ser viviente en aquel silencio.

No consiguió oír nada más que el susurro del aparato y su propia respiración.

Avanzó, colándose en una estancia equipada como sala de estar. Había un gran sofá, butacas y sillas, de alegre colorido. Un bar instalado en un rincón contenía un completo surtido de licores. Sobre el mostrador haría dos vasos altos con restos de un líquido ambarino.

Y, tendido junto al bar, el cuerpo de un hombre.

McKenna suspiró, aproximándose al cadáver. No necesitó un examen detenido para descubrir los orificios en la pechera de la camisa y la sangre que había empapado ésta. Los bordes de los agujeros estaban chamuscados. Los disparos habían sido hechos a boca de jarro...

—De modo que tú eres Tower —gruñó entre dientes, guardándose el revólver.

Estuvo unos segundos contemplando al muerto. Luego pasó al otro lado del mostrador, sacó el pañuelo y, protegiéndose con él la mano, tomó una botella de bourbon. Bebió directamente de ella, devolviéndola después a su lugar.

Tras esto sintió que su estómago volvía a su posición normal. Regresó al lado del cadáver, se inclinó y le registró los bolsillos sin prisa.

No encontró absolutamente nada. Hasta las cerillas, si es que las había llevado, habían desaparecido.

—Bien, eso lo estropea todo, amigo —monologó con voz apenas audible—. Me gustará mucho ajustarle las cuentas al que te ha hecho eso, Tower...

Dedicó los minutos siguientes a registrar los muebles. No sabía muy bien qué esperaba encontrar, pero quizá Tower hubiera dejado un mensaje escondido en alguna parte. Debía saber que le habían identificado...

Sólo que no lo encontró.

Desistió de su empeño, perplejo porque había creído en un principio que nadie estaba enterado de su llegada a Miami, y menos todavía de su

cita con el enlace. Eso le demostraba que la organización contra la que tenía que luchar era mucho más poderosa de lo que había imaginado. Además, no se detenían ante un crimen más o menos... aunque la víctima fuera un agente especial del FBI.

Sacó un cigarrillo y se lo colocó entre los labios, aunque no lo encendió. Su mirada acababa de caer sobre la mesita del teléfono. Había un bloc de notas al lado del aparato, con la primera página en blanco. La tomó y sus ojos de halcón se clavaron en los leves trazos marcados en la hoja. Finalmente lo metió en un bolsillo.

Dio un último vistazo al cadáver. Sus mandíbulas se contrajeron al apretarlas salvajemente. Luego, giró sobre sus talones y abandonó el *bungalow*.

Desde una cabina telefónica de la carretera llamó a la oficina del *sheriff* del condado. Dio cuenta del crimen de modo anónimo y colgó antes de que pudieran hacer más preguntas.

Acto seguido emprendió el regreso a Miami, con todos sus pensamientos concentrados en los criminales que habían descargado otro zarpazo sobre un agente federal...

3



El señor cónsul miró al hombre que aguardaba desde al otro lado de la mesa. Fue una mirada sin amabilidad alguna, más bien iracunda, casi despreciativa. El hombre de pie gruñó:

—Es todo lo que se podía hacer en estas circunstancias.

—Eso dice usted. Ha sido una torpeza.

Hablaba un castellano con acento dulzón. El hombre de pie con voz profunda y seca.

Jesús Miranda, cónsul de primera, dio un bufido. El otro no se inmutó. Dijo:

—Se me dejó la dirección de este asunto, recuérdelo. Estoy acostumbrado a tomar decisiones rápidas y breves. Mi trabajo...

—Aquí no cuenta usted con la protección acostumbrada. En nuestro país es distinto. Nadie puede pedirnos cuentas de nuestros actos. Pero esto es Norteamérica, Estados Unidos —puntualizó con sarcasmo—. ¿Lo ha olvidado?

—Está bien, está bien; admito que me precipité, pero el tipo había descubierto que fueron nuestros hombres los que provocaron el tiroteo. Puede usted imaginarse las consecuencias de ese descubrimiento si se hubiese hecho público.

El rostro del señor cónsul se contrajo en una mueca. Al mismo tiempo enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—¡Maldito estúpido! —estalló—. Nunca se hubiera hecho público. Diplomáticamente se habrían cruzado las notas de protesta, justificándolo todo como un error. Eso es diplomacia. Pero no, ha tenido que estropearlo todo, matando a ese individuo, un agente federal...

—También eran federales los que cayeron en los acantilados, en medio del huracán. Y entonces la idea, si no recuerdo mal, partió de Su Excelencia...

El cónsul estuvo a punto de golpear la mesa con los puños. Los cerró furiosamente, pero la fría calma del otro se impuso y él se dejó caer hacia atrás en el sillón.

—Sí, fue idea mía. Pero entonces estuvo justificado. ¿No es usted capaz de entenderlo? El FBI está convencido que fueron los partidarios de

Andiles los que cometieron la fechoría, para proteger al enviado del coronel. Es a ellos a quienes persiguen por todo Florida como si fueran perros rabiosos, mientras nosotros quedamos en un lugar excelente para proseguir nuestras negociaciones con el Gobierno de este país. Pero ahora ¿cómo justificaremos ese nuevo crimen?

—Todo lo que puedo decirle es que era necesaria. El agente iba a tener una entrevista con un enviado especial de Washington, un hombre seleccionado por el propio jefe del *Federal Bureau of Investigation*.

—¿Cómo se llama ese enviado?

—Todavía no lo hemos descubierto, señor.

—Limítense a investigar de ahora en adelante. No quiero más violencias, Barrios, a menos que sean ordenadas por mí personalmente. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor.

—He de advertirle que en caso de desobedecer, el señor presidente será debidamente informado.

Barrios se estremeció.

—Lo recordaré, señor —dijo en un susurro—. ¿Qué hacemos cuando logremos identificar al nuevo agente especial del FBI?

—Nada. Limítense a vigilarlo.

—Perfecto, señor. ¿Alguna noticia de los conjurados?

—Ninguna. Están escondidos en las montañas, indefensos a causa de su carencia de armas. No tardarán en ser destruidos.

—Pero es posible que Andiles mande otro mensajero, en cuyo caso deberíamos seguir vigilando a Sam Bowman.

—Ese facineroso. ¿Cuántos hombres le vigilan?

—Dos, permanentemente.

—Que sigan igual, pero cuidado con que se dejen sorprender. ¿Tiene sus últimos informes?

—En efecto... Bowman recibió la visita de un hombre llamado Hugh Morley. Estuvieron reunidos durante más de dos horas.

—¿Quién es ese Morley?

—Todavía no lo sabemos. Mis hombres están investigándolo ahora. Pero se presentó acompañado de dos guardaespaldas, dos tipos corpulentos que aguardaron en la puerta mientras los otros estuvieron reunidos.

El señor cónsul pareció satisfecho ante ese despliegue de eficiencia. Todo parecía desarrollarse según sus deseos, de modo que los sueños abrigados celosamente en su interior cobraban vida por momentos. Una embajada... Ese sería el premio por su lealtad hacia el presidente, no le cabía la menor duda.

Por su parte, Barrios, intendente general de la policía política de su país, confió en devolverle los malos tratos al cónsul en un futuro no lejano. Ya le ajustaría las cuentas.

—¿Alguna disposición más antes de que me vaya? —preguntó con forzada sumisión.

—Ninguna, Barrios; eso es todo. Tenga mucho cuidado de no provocar el más mínimo incidente con las autoridades de este país.

Asintió de mala gana. Si estuvieran en el suyo...

Pero abandonó el despacho sin dejar traslucir la tormenta de odio que le agitaba. Acostumbrado al disimulo, no le costó ningún esfuerzo.

* * *

Sam Bowman se recostó cómodamente en la tumbona, cerró los ojos y dejó que el sol calentara su cuerpo envuelto en una capa de grasa. La vida demasiado muelle había redondeado su figura, en otro tiempo delgada y elástica. No era nada que le preocupara más de la cuenta. Su única preocupación era el dinero, o, mejor dicho, la manera fácil de amasarlo en grandes cantidades.

Creía haberlo conseguido, aunque deseaba reunir más. Siempre deseaba más, desde que anhelara, años atrás, reunir los primeros cien mil dólares. Luego había ambicionado un millón... y más tarde ya no se molestó en fijarse una cifra tope. Envolvió su ambición en el término «fortuna», sin especificar a cuánto deseaba que ésta ascendiera.

Millones y millones. Todo se reducía a eso.

Sólo faltaba redondear esa última operación y casi estaría dispuesto a pensar en retirarse de los negocios. Un último golpe afortunado y su fortuna habría rebasado sus más halagüeños cálculos.

Oyó los pasos de la sirvienta. Sin abrir los ojos captó su avance alrededor de la gran piscina, hasta que se detuvieron a su lado. Entonces la miró. Era una muchacha no carente de gracia.

—Un caballero desea verle, señor. Dice que su nombre es McKenna.

—No conozco a nadie de ese nombre. ¿Ha dicho qué es lo que desea?

—No, señor; pero asegura que es policía.

—¿Policía? Bien, hágale pasar.

Enderezó un poco el respaldo de la tumbona. Sus ojos de ave de rapiña se clavaron como dardos en el hombre alto de grandes hombros que avanzaba hacia él procedente de la casa.

—¿Míster Bowman? —inquirió el recién llegado, deteniéndose al lado del financiero.

—Efectivamente. Tendría inconveniente en mostrarme su identificación. La chica dice que es usted policía.

—Federal concretamente —replicó Dan McKenna, sacando su credencial, y dejando que el propietario de la casa se convenciera.

—De modo que pertenece al FBI —rezongó Bowman. —No me explico su visita, míster McKenna. ¿No quiere sentarse?

El hombre alto lo hizo en una tumbona, tras enderezarla convenientemente. Examinó el rostro abotargado del magnate, se fijó en sus ojillos astutos y codiciosos y la fofa gordura de todo su cuerpo. Hizo una mueca de disgusto, arrepentido por el hecho de dejarse llevar de sus sentimientos personales.

—Todo se reduce a un informe confidencial que hemos recibido, míster Bowman —empezó.

—¿Un informe acerca de mí?

—Más concretamente, acerca de sus negocios. Sabemos que compra y vende usted armas, excedentes del Ejército y cosas así.

—Es un negocio perfectamente legal, joven.

—Lo sé. Paga usted sus impuestos puntualmente por él.

—Así es.

—No obstante, en nuestro informe consta que está en tratos con ciertos individuos de un país sudamericano, cuyo cabecilla prepara un golpe militar contra su Gobierno. Es acerca de eso que deseo hablar con usted.

—Ya veo.

—Mire, no nos andemos por las ramas. Usted está enterado de la emboscada en que cayeron ocho de nuestros agentes, la noche del huracán. Sabe que estaban aperando al enviado plenipotenciario del cabecilla de la proyectada rebelión...

—Usted me atribuye unos conocimientos gratuitamente, joven...

—Olvida usted que nuestra oficina de Miami llevaba mucho tiempo estudiando el caso. Realmente, desde que comenzaron a correr rumores sobre esa posible revuelta...

—Supongamos que esté enterado de todo esto... ¿Se propone acusarme de haber tomado parte en esa emboscada?

—No le creo a usted tan idiota —refunfuñó el federal entre dientes—. Opino que su oficio es vender armas al mejor postor, no utilizarlas personalmente.

—Acertado. Detesto empuñar cualquiera de esas armas. Me dan escalofríos.

—Curiosa reacción en un hombre de sus actividades. Bien, volviendo al tema de mi visita, deseo formularle algunas preguntas sobre ese asunto. ¿Tiene algún inconveniente?

—En absoluto, adelante.

McKenna se echó atrás en el respaldo de lona. Suspiró resignadamente porque aquella tarea no le gustaba.

—En primer lugar —empezó—, dígame cómo pensaban ponerse en contacto con el mensajero del cabecilla revolucionario.

—Me pregunta una cosa que no estoy en situación de responder. Todo lo que yo sabía era que él me diría cómo hacerlo.

—¿Debía traerle el dinero?

—No.

—¿Cómo pensaban trasladar la mercancía hasta su país?

—Tampoco lo sé. Ese detalle debía aclarármelo el mensajero, pero éste nunca llegó.

—Ya imagino que perecería en medio del huracán y el tiroteo... La gran motora en que había venido apareció totalmente destrozada, hecha pedazos contra las rocas.

—Eso hace que mi negocio quedara en el aire.

—Pueden haber mandado otro en su lugar —aventuró el agente del FBI.

—Si es así, yo no me he enterado. Además, no comprendo por qué le dan ustedes tanta importancia a ese contacto, sabiendo cuál es mi negocio, debidamente reconocido por la Ley.

Algo semejante a un relámpago chispeó en los fríos ojos del hombre del FBI. Cuando habló, su voz había descendido de tono y sonó como un chirrido.

—Ocho de nuestros hombres perdieron la vida cuando investigaban ese negocio, míster Bowman. En su posición, debería saber que ningún poder de la tierra nos hará desistir de continuar el caso hasta el final, hasta vengar a esos hombres que cayeron cobardemente asesinados.

El magnate sintió una corriente helada culebrearle por la espalda, como si repentinamente la temperatura ambiente hubiese descendido a cero.

—Me parece muy bien —balbució—. Pero yo no tuve nada que ver con eso. Mi trabajo se limitaba a esperar al mensajero, cerrar el trato con él y fijar el lugar y la fecha para la entrega de las armas. Ese mensajero nunca llegó. No ha venido otro. No sé una palabra de cómo está actualmente este asunto, y, si he de serle sincero, he perdido todo interés por él. No me gusta la violencia en los negocios.

—Usted trafica con la muerte, míster Bowman. Sabe que su mercancía sirve únicamente para derramar sangre de pobres incautos engañados y oprimidos por unos sistemas políticos innobles y dictatoriales, no importa quien gane en esas revueltas. Y sin embargo, detesta la violencia. Es un sentimiento chocante, por decirlo de alguna manera.

—Alguien debe vender esas armas. Si no lo hiciera yo, otros lo harían. El negocio es el negocio, usted sabe.

—Seguro. Pero volvamos a lo que nos interesa. ¿Qué armas pensaba usted vender?

—Oh, un lote compuesto por fusiles y armas cortas. Algunas ametralladoras y munición.

—¿Eso es todo?

—Por supuesto.

El agente federal le miró con los ojos como dardos. Estuvo a punto de decir más de la cuenta, pero se contuvo, no sin esfuerzo.

—Se nos ha dicho que mantiene usted tratos comerciales con un individuo llamado Hugh Morley. ¿También piensa venderle armas?

El financiero no consiguió evitar un leve sobresalto.

—Mis amistades personales no deben importarles a ustedes — rezongó, furioso—. Morley no es una relación de negocios.

—Ya veo. ¿Sabe usted que Morley es un tahúr de la peor calaña?

—Todo lo que sé es que es aficionado a las apuestas. Yo también. Esta es nuestra relación.

—Morley controla las apuestas de costa a costa. Tiene una pandilla de pistoleros en su nómina. Su mayor fuerte de ingresos es el juego. Me parece una amistad un tanto extraña para un hombre de su posición, míster Bowman.

Este hizo un gesto de fastidio.

—Si tienen ustedes cualquier prueba contra Morley, arréstenlo y no den más vueltas. He apostado por medio de su organización, y pienso seguir haciéndolo. Me divierte jugar, eso es todo, y Morley es uno de los apostadores más serios que conozco.

El federal asintió con un gesto.

—Perfecto —dijo entre dientes—. Hay otro detalle que quería preguntarle... ¿Quiénes son los hombres que vigilan esta residencia?

Bowman se enderezó de un brinco.

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Hay un par de individuos en un coche, he observado durante un buen rato. No me cabe duda que vigilan esta casa. ¿Son gente de Morley acaso?

—¿De Morley? Usted está loco... ¿Dónde están esos tipos?

—Al otro lado de la calle, en un coche negro. No son muy hábiles. Por otra parte, la placa del coche pertenece a uno de alquiler.

—No dudo de que tenga razón, pero no sé quiénes son. Sin embargo, estoy seguro de que no son hombres de Morley. Quizá...

—Siga.

—Tal vez pertenecen a la facción rival del mensajero que debía visitarme —aventuró el financiero—. Quizá piensan que vigilándome sabrán si llega otro enviado, para interceptarlo a tiempo. ¿Por qué no los interroga usted? Es una autoridad, ¿no?

—No tengo ninguna razón para hacerlo —repuso el federal, con ironía—. Hasta es posible que ellos me ahorren un poco de trabajo.

Se levantó, dejando al traficante de muerte mucho más intrigado de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—No deja de sorprenderme su manera de comportarse, míster McKenna —rezongó—. Parece como si esperase que yo mismo fuera

víctima de esa gente.

—No sé nada de esa gente, como usted les llama. Si se siente amenazado puede presentar una denuncia en la delegación de policía más próxima.

No esperó respuesta. Añadió una despedida y se encaminó a la calle dejando tras sí a un perplejo Samuel Bowman, traficante de muerte, financiador de revueltas y con menos escrúpulos que un escorpión.

Sólo que entonces su aplomo se tambaleaba y comenzaba a sentir los primeros ramalazos del miedo.

Cosa curiosa, no obstante; no era el FBI el causante de su temor, sino aquellos supuestos espías estacionados en la calle...

Entró en la casa y descolgó el teléfono.

Alguien debería ayudarle a salir del apuro...

Unger Field era lo que podría denominarse gráficamente una ruina.

Sus documentos atestiguaban que tenía exactamente cuarenta y seis años, pero su aspecto era el de un hombre de sesenta. Esa prematura decrepitud era debida a la vida de crápula que había llevado desde que tenía uso de razón, si es que lo había tenido alguna vez.

Bien es verdad que, antes de su derrumbe definitivo, sus cualidades de negociador le habían creado una buena posición económica. Como mano derecha de Sam Bowman había realizado verdaderas proezas en la venta de armas clandestinamente. A sus impulsos puede decirse que se había vertido más sangre, en diferentes puntos del mundo, que en una guerra normal de las que ya han pasado a la Historia.

En la actualidad, resentido, amargado, ebrio continuamente, se ocupaba de dilapidar en el menor tiempo posible el resto de capital que le quedaba de sus andanzas.

Fue en una taberna cercana al río donde McKenna, el agente del FBI, pudo echarle la vista encima.

Dan McKenna había invertido largas horas en el estudio del caso que tenía entre manos. En sus largas veladas de lectura de documentos, había tropezado con el nombre de Unger Field y su historial. Le había interesado profundamente desde un principio.

El beodo apenas si le dedicó un vistazo desfocado cuando acercó una silla a la mesa y tomó asiento ante él.

—¿Quiere beber? —dijo el federal, encendiendo un cigarrillo.

—Esa es una pregunta idiota, amigo. Whisky. Doble, Puro.

—Okey.

Hizo el pedido. No habló hasta que las bebidas estuvieron sobre la mesa y el mozo se hubo alejado.

Entonces dijo:

—Usted trabajó para Bowman, ¿no es cierto?

—No. Fui socio de ese hijo de perra durante años. Le hice ganar más dinero del que podrá gastar en su puerca vida. Esa es la verdad y no otra.

Ingirió el *whisky* de un solo y largo trago. Tosió débilmente. Luego se

echó atrás en la silla.

—¿Quién es usted? —barbotó.

—Olvídelo. Tengo algunas preguntas que formularle. Puede responderlas o no, pero su negativa a colaborar puede reportarle grandes disgustos.

—Pierde el tiempo. En mi situación las amenazas no sirven para nada... ¿Qué preguntas son esas?

—Se refieren a su trabajo con Bowman y a otras cosas.

—Sólo contestaré si con lo que diga puedo perjudicar a ese perro sarnoso... Me gustaría hundirlo, verlo revolcarse sin un centavo... —sus ojos turbios adquirieron un brillo demencial por unos instantes. Luego, se apagaron otra vez y miró al agente federal como si no lo viera—. Sí, me gustaría mucho...

—Quizá pueda conseguirlo. Usted conoce sus negocios, ¿no es cierto?

—Yo contribuí a crearlos y darles impulso.

—Ajá. No me interesa las operaciones que realizó. Eso es agua pasada, pero necesito conocer su manera de operar. Por ejemplo: ¿Cierra los tratos sin percibir cantidad alguna por adelantado?

—Jamás.

—De modo que cuando un mensajero se pone en contacto con él para decidir el lugar de entrega de las armas, él ya tiene en sus bolsillos una suma como garantía. ¿No es así?

—Efectivamente. Además, nunca entra en contacto un mensajero, o negociador, sin conocerlo muy bien previamente.

El federal arrugó el entrecejo. Asintió como si aceptara una idea que se le hubiera ocurrido. Tras esto indagó:

—Supongamos que concierta una entrega importante, un gran pedido. Pero lo hace con una gente que no posee dinero suficiente para pagar, pero que le pagarán grandes sumas si triunfan en una revolución... mucho más de lo normal... ¿Haría un trato semejante?

El beodo se echó a reír con risa vacilante. Pero se interrumpió abruptamente para decir:

—Usted no conoce a ese bastardo, amigo. Bowman no vende a crédito ni un cartucho de pistola. No suelta una sola arma si no ha cobrado por lo menos la mitad de su valor por adelantado.

—Ya veo... ¿Cuánto tiempo hace que se separó usted de él?

—Apenas dos meses. Y no me separé. Arregló las cosas para echarme a un lado. Para ello falsificó documentos... y se salió con la suya. Es listo como el diario, lo crea usted o no.

—Lo creo, por supuesto. En caso contrario no estaría dónde está.

—Estaría bajo tierra —gruñó el borracho.

—Cuando usted dejó de trabajar con él —prosiguió el federal, aplastando el cigarrillo en un cenicero—, imagino que debieron realizar un

estado de cuentas o algo así...

—No hubo nada de eso. Me arrojó del negocio como a una rata.

—Comprendo. ¿Qué arsenal poseía entonces?

Field arrugó el entrecejo. Le hubiera gustado saber quién era aquel tipo y qué se proponía con sus preguntas pero su cerebro, flotando en el alcohol, no estaba en condiciones de profundizar en el análisis de una personalidad, ni siquiera en los fines del desconocido.

—¿Quiere decir cuántas armas tenía en los almacenes?

—Exactamente.

—Bueno... no lo sé, pero eran muy pocas. Desde que se lio lo del Vietnam, no hay excedentes de guerra en ninguna parte... Hubo épocas en que podía vender incluso aviones y tanques, y cañones pesados, y morteros de último modelo... Hasta llegó a negociar con lanchas de desembarco... Pero últimamente las cosas sí habían puesto muy difíciles.

—Hábleme de armas ligeras; fusiles, pistolas, ametralladoras y todo eso.

—Poco.

—Más claro.

—Había como ochocientos fusiles en buen estado. Más de dos mil estaban inservibles mientras no se reparasen. En cuanto a ametralladoras, no creo que hubiera muchas tampoco, y las existentes eran de pequeño calibre.

—¿Y armas cortas?

—Esa era la mercancía más abundante...

—¿Diría usted que había armamento suficiente para equipar a un ejército revolucionario?

—¿Qué clase de ejército? Hay países que con un pandilla de descamisados alardean de ejército...

—No es eso. El país a que me refiero tiene un régimen dictatorial con un potente ejército regular. Para vencer en una revolución se necesita otro ejército mejor equipado. ¿Podría equiparlo Bowman?

—Rotundamente, no.

—Eso es muy interesante, Field... si pudiera estar seguro.

El beodo se encogió de hombros, aburrido.

—Puede comprobarlo usted mismo. Hay un almacén en las afueras de Miami y otro en Waycross, Georgia. Si logra entrar en ellos podrá ver que la mayoría de lo que contienen es chatarra.

—Tal vez eche un vistazo... ¿Otro trago?

—No pregunte, hombre...

El mozo sirvió otros dos whiskies, cobró y regresó a la barra.

Field se ocupó concienzudamente de vaciar su vaso. Luego se fijó que su interlocutor no había ni siquiera probado los suyos y, sacudiendo la cabeza con lástima, los vació uno tras otro como si fueran agua.

Se tambaleó en el asiento. Sus ojos comenzaron a cerrarse y una mueca estúpida quedó impresa en su rostro pálido. McKenna ahogó una maldición y le sacudió por las solapas.

—¡No hemos terminado aún, Field! —le espetó.

—Gracias por la bebida... Es un justo pago por mi charla.

—¡Qué charla ni qué...!

Lo soltó. El borracho rio muy bajo. El federal hizo un último intento.

—Cuando usted dejó de trabajar con Bowman, ¿con quién estaba él en tratos para una venta importante?

—Con nadie... no podía realizar ninguna venta importante. No tenía material...

—¿No recibió un pedido de cierto coronel Andiles?

—No... Puede haberlo recibido después de mi marcha, pero no podría servirlo —insistió Field, a punto de quedar dormido.

El hombre del FBI se dio por vencido. Encendió un cigarrillo y, levantándose, se dispuso a abandonar la taberna sin saber a ciencia cierta si había avanzado o no en su investigación.

Entonces sucedieron algunas cosas que él no había podido prever.

Primero, se abrió la puerta y un hombre, con la cabeza cubierta por un gran sombrero gris, echó un vistazo al interior. Su voz sonó seca cuando exclamó:

—¡Aquí está!

Dan McKenna había llegado junto al mostrador. Tenía sed, pero no de *whisky*, sino de algo refrescante.

—Un jugo de naranja —pidió.

El mozo alargó la mano hacia la nevera. Pero no llegó a tocar el cierre. Su cabeza, vuelta hacia la puerta, pareció recibir un golpe. Se puso rígido primero, después barbotó una exclamación de miedo y se dejó caer de bruces detrás del mostrador.

El agente federal giró como una peonza, sorprendido. Vio a los dos hombres armados con pistolas y, de modo instintivo, su mano voló en busca de su revólver.

Pero los tipos apretaron el gatillo antes de que sus dedos rozasen su arma, solo que no disparaban contra él, sino contra el borracho que dormitaba en su silla.

Dan vio la cabeza del beodo reventar como una fruta demasiado madura, al mismo tiempo que los estampidos llenaban el interior del local.

Los asesinos siguieron disparando tres o cuatro veces más, para asegurarse de que el desgraciado no volvería a levantar cabeza. Luego, se dispusieron a salir.

McKenna hizo fuego entonces. Aquella no era una situación como para andarse con legalismos, pues unos asesinos que acaban de cometer un asesinato a sangre fría no se entregan jamás. De modo que tiró del

disparador y uno de los criminales fue empujado hacia atrás por los proyectiles blindados de su «38». Se estrelló contra la puerta de cristales y un estrépito de vidrios rotos se mezcló con el de los estampidos.

El otro pistolero, pillado por sorpresa, trató de volver su brazo armado contra el nuevo enemigo. Jamás llegó a completar el movimiento porque la muerte le llegó en medio del trueno de aquel revólver manejado casi con descuido por el hombre alto.

Los dos cuerpos quedaron atravesados en la entrada. Fuera, en la calle, el motor de un coche rugió al alejarse. Dan McKenna saltó por encima de los caídos en un vano intento de detener al fugitivo. Todo lo que vio fue un coche negro alejándose a gran velocidad. Su placa había sido embadurnada con barro y resultaba ilegible...

Contrariado, regresó al interior para aguardar a la policía, cuyos silbatos se oían ya muy cerca.

Los primeros patrulleros que hicieron irrupción en la taberna le sorprendieron bebiéndose su jugo de naranja. Entonces comenzaron las explicaciones, rutinarias e interminables...



La muchacha lucía el mismo diminuto bikini. Toda la sugestión femenina parecía haberse concentrado en su magnífico cuerpo, haciendo que una estela de miradas voraces la siguiera a cada paso suyo por la playa del hotel.

Dan la descubrió tendida al pie de una palmera gigante, dejándose acariciar por los últimos rayos del sol poniente. La blanca espuma de las mansas olas moría a pocas pulgadas de sus pies.

En esta ocasión, el agente federal se había equipado para su estancia en la playa, de modo que cuando ella levantó la mirada tropezó con un cuerpo erguido y musculoso, elástico y fuerte como el de un felino.

—¡Oh, usted! —exclamó, irguiéndose. Quedó apoyada en las manos y él se dejó caer a su lado.

—Estaba impaciente por volver a verla —confesó él.

—No parece que se haya dado mucha prisa —rió, antes de añadir con ironía—: Excepto a la hora de comer, he pasado el día aquí, entre el mar y la arena... Ha habido mucha competencia, si he de ser sincera.

—Ya lo imagino.

—Pero yo le esperaba a usted.

—¿No es una confesión un tanto arriesgada por su parte? Pone las cosas muy fáciles para mí.

—No tanto como imagina. Usted me intrigó desde que le vi. No me gusta estar pendiente de una impresión inquietante. Quiero desvanecer las dudas, saber a qué atenerme respecto a las personas.

Dan sonrió. Miró al mar, al lejano horizonte. Por un instante se dejó ganar por el recuerdo amargo de unos camaradas muertos, de un huracán y de aquel mismo mar, ahora plácido y quieto, convertido en un hirviente infierno.

—Ya le dije quién era yo —sonrió al mirarla—. No hay ningún misterio en mi pasado ni nada emocionante que contar. Ni siquiera puedo presumir de hechos guerreros, puesto que no he tomado parte en ninguna guerra, en ninguna parte.

—Miente.

Se enderezó. Ella sonreía y toda la picardía del mundo parecía haberse dado cita en sus profundos ojos.

—Tal vez —reconoció con ironía.

—Quizá sea usted un vendedor... pero es algo más. Un vendedor no se pasea armado con un revólver bajo el brazo.

—¡No me diga!

—Usted lleva revólver, cuando va vestido, naturalmente.

—No deja de sorprenderme. ¿Cómo lo ha averiguado?

—Los mozos del ascensor son observadores, agudos y discretos. Su discreción se resquebraja cuando se les ponen unas monedas en sus manos. Bueno, yo se las puse.

—Ya veo...

Se echó a reír, francamente divertido por aquella astucia. No obstante, no dejó de pensar que con aquella dama de senos provocativos y cuerpo de diosa, debería andar con pies de plomo.

—Ahora dígame quién es o qué es usted...

—Temo que si se lo revelo su interés hacia mí descenderá vertiginosamente.

—¿Por qué?

—Bien, hay una opinión pública muy desfavorable para los hombres de mi profesión...

Ella hizo un mohín de impaciencia.

—¿Quiere hacerme creer que es un pistolero, un *gángster*?

—Todavía no he llegado a eso.

—¿Entonces...?

—Es cierto que soy vendedor, April, aunque mi mercancía es relativamente impopular. Vendo armas.

Ella parpadeó. Un tanto desconcertada, dijo:

—Armas... ¿Y qué? Hay infinidad de armerías en el país...

—No de esa clase. Yo vendo armas en grande, a gente que no suele pasar por los registros cuando las compran. Generales y coroneles sudamericanos, jeques árabes, judíos, negros recién independizados... África es un buen mercado actualmente.

—Ahora entiendo... No es una profesión muy digna que digamos.

—Depende de cómo se mire. ¿Ha cambiado eso el interés de usted, hacia mí?

—Todavía no lo sé... Tal vez se haya transformado.

Él la miró enarcando las cejas. April se echó a reír, se levantó de un salto.

—Tenemos que aprovechar el tiempo si queremos bañarnos antes que se haga de noche... Venga.

Corrió hacia el agua. Fue la suya una zambullida perfecta y grácil. Dan la siguió y emergieron casi a un tiempo, muy juntos en el agua.

—Le reto a una carrera —dijo el agente federal—. Si usted pierde deberá cenar conmigo esta noche...

—¿Y si gano?

—Entonces, yo cenaré con usted.

—Son unas condiciones draconianas —rio April, zambulléndose de nuevo.

Cuando Dan inició la carrera ella surgió a unas brazadas por delante, demostrando que era una nadadora consumada. Se movía en el agua con la misma alada soltura de una sirena.

Fue una carrera un tanto equilibrada. Al pisar de nuevo la arena, ella jadeaba por el esfuerzo, con lo cual la parte superior del bikini se veía sometida a una presión alarmante que resistió con dificultad.

Dan McKenna la recorrió con la mirada de pies a cabeza. Se maravilló de la armonía de líneas de aquel cuerpo, sobre el cual las gotas de agua se deslizaban casi con pesar por tenerlo que abandonar. Eran como brillantes perlas líquidas rodando sobre la piel suave.

—Es la primera vez que no lamento haber perdido una competición —reconoció con una sonrisa.

—Es usted un tramposo —le espetó la muchacha—, me ha dejado ganar descaradamente.

—¿Por qué cree usted eso?

—Yo nado bien, pero usted... Bueno, es fuerte y ágil... yo diría que entrenado como un atleta. No importa —dijo, abandonando el tema—. Usted cenará conmigo, si es que eso representa alguna diferencia en la apuesta.

El sol se había hundido en el horizonte. Una luz gris, tamizada, invadía la playa, mientras el aire suave y cálido llegaba con perfumes tropicales, invadiendo la tierra como una caricia que quisiera borrar los destrozos del huracán reciente.

Dan y la muchacha se alejaron del mar hacia el hotel. Se detuvieron en el bar, casi desierto a esa hora. El mozo prestó primero su atención al panorama sugestivo e inquietante que le ofrecía April; luego, se interesó por el pedido.

Dan comentó:

—Todavía no han surgido las dificultades.

—¿Dificultades?

—Usted me dio a entender que no estaba sola en Miami.

—Raras veces estoy sola en ninguna parte. Ahora mismo...

—Ya veo.

Rio, mientras saboreaba la bebida pedida. Después murmuró:

—¿Cambiaría mucho las cosas si hubiera un... digamos, admirador que le disputara mi compañía?

—Realmente, no. Lo apartaría.

—Eso había pensado.

Apuró su bebida. Ella estuvo mirándole hasta que dejó el vaso. Entonces se apartó del mostrador y dijo:

—Estaré vestida en quince minutos. Mi habitación...

—Es el número doscientos seis —la interrumpió—... Yo también he hecho algunas averiguaciones sobre usted.

—Me inquieta... Quince minutos.

Se apartó de él, entró en el ascensor que daba a la playa y desapareció. Dan firmó la cuenta, encendió un cigarrillo con gesto abstraído y, finalmente, entró también al hotel sin demostrar prisa alguna.

Más bien parecía preocupado en exceso.

Abrió la puerta con su llave y volvió a cerrarla a sus espaldas, mirando al hombre que le aguardaba, sentado cómodamente en el diván curvo que ocupaba una buena parte de la habitación.

—¿Qué tal, Terry? —gruñó McKenna.

—Te he visto abajo, en la playa. Eres el tipo afortunado de costumbre, muchacho. ¡Qué dama! Y con ese «dos piezas»... ¿Cómo puedes soportar su proximidad sin estallar?

—Estoy inmunizado, y si no lo estuviera bastaría recordar de vez en cuando a los agentes caídos hace algunas noches.

Su voz se había endurecido. Terry hizo una mueca. Era un hombre de treinta años, estatura elevada y rostro demasiado aniñado para su edad. No obstante, esa expresión era engañosa, porque bajo su aparente ingenuidad se escondía un carácter duro como el acero y una mente fría y analítica.

—¿Sabes que han encontrado otro cadáver? —masculló—. Destrozado por el temporal, pero muerto por herida de bala...

—Lo sé. ¿Cuándo has llegado?

—Hace apenas unas horas, pero sin instrucciones concretas. Todo lo que sé es que debo servir de enlace entre tú y el *Bureau*.

—Perfecto. Si la noticia no les ha llegado todavía, puedes decirles que Tower ha sido asesinado. Dos balazos. La policía ha intervenido, pero no creo que le hayan identificado aún.

Terry dio un respingo anonadado.

—Otro —susurró—. Alguien debe haberse vuelto loco...

Dan McKenna se encogió de hombros, barbotando:

—Yo tengo mi propia terapéutica para curar a esa clase de locos.

—Es mejor que lo tomes con calma, Dan —aconsejó su compañero, preocupado—. Para empezar, veamos cómo está el asunto hasta ahora.

—Es un embrollo terrible. No cabe duda que es cierto lo concerniente a Bowman. No niega que estuviera esperando un enlace del coronel Andiles, pero asegura que no le conocía. Por otra parte, he averiguado que jamás entabla un trato de esta clase sin conocer perfectamente al negociador. También he podido saber que no tiene en la actualidad armas

suficientes para equipar debidamente a la gente de Andiles... No obstante, lo cual, las negociaciones estaban en marcha...

—Quizá le pagaron por adelantado y trataba de dar largas al asunto, mientras intentaba reunir el material necesario.

—No había cobrado, puesto que el mensajero no llegó. Además, ninguno de sus Bancos ha acusado ingreso alguno. Debían estar en los preliminares del negocio. Hay algo más —añadió de repente—: Dos individuos vigilan la residencia de Bowman, dentro de un coche alquilado.

—Bien, eso tiene fácil explicación; gorilas de Morley. Sabemos que tiene tratos con Bowman.

Dan sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo—. Los he observado detenidamente. Tienen aspecto meridional... yo diría que sudamericano ¿Qué te sugiere eso?

—Ya veo... Espías del coronel Andiles tal vez... O, lo que es más razonable, agentes del Gobierno actual de su país, vigilando la llegada de otro posible enlace del coronel. ¿Es eso lo que piensas?

—Ni más ni menos.

—¿Lo sabe Bowman?

—Yo mismo le advertí de esa vigilancia. Por poco no se cayó de espaldas. Cuando le dejé, estaba asustado.

—Una buena jugada.

—¿Qué informes tienen en Washington respecto a la posible compra de armas? Me dijeron que me advertirían si había cambios en las instrucciones.

—Por el momento no hay cambio alguno. El Gobierno trata de impedir que se arme a esos revolucionarios, eso es todo.

—Con lo cual protegemos a un dictador sin conciencia para que siga hundiendo en la miseria a su pueblo. No deja de ser paradójico —comentó McKenna con amargura—. Aunque su protección nos cueste la vida a la mitad de nuestros agentes, debemos seguir adelante. A veces pienso que...

Se interrumpió, como si de repente se diera cuenta de lo incorrecto de su diálogo en un asunto de esa índole. Terry sonrió.

—Comparto tus sentimientos, Dan, qué duda cabe. Pero, por lo que sabemos del coronel Andiles, es tan ambicioso y falto de escrúpulos como el actual presidente; de modo que si llegara a ocupar el poder las cosas no cambiarían mucho para su pueblo. Eso hace que nuestro trabajo sea menos desagradable. ¿No te parece?

McKenna se encogió de hombros y comenzó a desvestirse.

—Tengo poco tiempo —advirtió—. He de reunirme con esa chica dentro de unos minutos para cenar juntos. Si tienes algo más que decirme apresúrate.

—Todo lo que quería era saber cómo estaba planteada la investigación, para informar, Oye, ¿qué opinas respecto a tu dama?

—Es un misterio. Sabemos que estuvo en contacto con alguno de los agentes que murieron. Posiblemente pertenezca a la organización que acabó con ellos...; pero es necesario demostrarlo. De momento, me he presentado como traficante de armas. Tal vez dé resultado.

—Arriesgas el cuello si ellos conocen a Bowman... Ten cuidado, porque puede tratarse de un diablo en un cuerpo de diosa, amigo.

McKenna entró en el cuarto de baño sin replicar a Terry, tras unos segundos de silencio, advirtió:

—En caso de urgencia nos pondremos en contacto tú y yo del modo acostumbrado. De lo contrario, yo vendré regularmente a verte para que no te veas forzado a informar directamente, comprometiéndote. ¿Conforme?

—Me parece bien.

Cuando salió de la ducha y empezó a vestirse, el *G. Man* gruñó:

—Si ella pertenece a esa pandilla, Terry, haré que se arrepienta de haber nacido. Nueve agentes asesinados es algo que clama venganza.

—No dejes que te cieguen tus sentimientos personales, Dan. Puedes tener muchos disgustos.

Acabó de vestirse, revisó la carga del revólver y sólo entonces dijo:

—Hay algo más, aunque no sé qué relación tiene con todo el asunto. Estuve hablando con el ex socio de Bowman. Era un degenerado podrido de *whisky*...

—¿Era? —se asombró su compañero.

—Lo mataron ante mis narices.

Contó el episodio de la taberna, mientras ajustaba la funda a su cinturón. Luego, enfundó el revólver y terminó:

—No comprendo por qué lo mataron. Si todo lo que sabía es lo que me reveló a mí, nada de ello era lo bastante importante como para tomar una medida tan drástica. A menos que en mi conversación con él se deslizase algo que me pasara inadvertido...

—¿Y esos dos tipos a quienes tumbaste?

—Pistoleros profesionales. La policía me informará de lo que descubran sobre ellos, pero no estaría demás que el *Bureau* hiciera algunas averiguaciones en nuestros ficheros... Los nombres son Gibbs Carr y Jack O'Reilly.

Terry tomó nota y asintió.

—Pediré que lo hagan cuanto antes. Es mejor que salgas tú primero. Yo lo haré dentro de unos minutos... Y ten cuidado con tu apasionada dama.

—Sí...

Dan abandonó la habitación. Pensaba en April, en la maravilla de su cuerpo de sirena y en la belleza de su rostro. Debía ser una mujer apasionada si llegaba a entregarse por entero alguna vez. A través de sus

ojos se adivinaba un fuego dormido, latente en las profundidades de su mirada, pero pronto a estallar y convertirse en llamas si alguien sabía hallar el camino de su ardiente naturaleza.

O quizá todo era una máscara destinada precisamente a causar esa impresión en los incautos que cayeran bajo su influjo...

Tal vez alguno de los que ahora estaban muertos había tratado también de avivar esas llamas, ese fuego interior...

Todo lo que había conseguido, si era cierto que lo intentó, fue un encuentro con la muerte...

Con esos pensamientos llegó a la habitación de la mujer y llamó suavemente con los nudillos.

Ella dijo, desde el otro lado:

—Adelante, está abierto.

Empujó la puerta y entró.

7

Había cerrado la noche cuando el gran *sedán* negro pasó sin prisa ante la residencia de Samuel Bowman. Era un coche caro, silencioso como una sombra. Desapareció en la siguiente calle lateral y todo volvió a quedar en silencio.

En un auto aparcado no lejos de la casa del traficante de muerte, dos hombres dejaban pasar el tiempo sin mostrar impaciencia alguna. No fumaban ni cambiaban palabra, de modo que solo un observador muy interesado podría haberlos descubierto.

El *sedán* negro volvió a aparecer después de haber dado un rodeo. Sólo que esta vez no realizó la pasada completa. Su largo morro llegó a la altura del coche ocupado por los dos espías y se detuvo. Cuando éstos quisieron reaccionar, una sucesión de apagados estampidos surgió del coche negro. Un cristal saltó en pedazos. Se oyó un grito ahogado. Después, el silencio reinó de nuevo. Habían utilizado un silenciador «S.S.», y los disparos apenas si habían hecho más ruido que la tos de un niño.

Del *sedán* se apeó una sombra, que se encaminó al otro vehículo. Abrió la portezuela y salió al interior, apartando el cadáver del tipo que había estado sentado ante el volante. Pocos segundos después, el motor del coche de alquiler empezaba a runrunear suavemente. Una voz dijo:

—Todo bien. Las llaves estaban en el *tablier*.

El auto negro esperó todavía hasta que el otro se puso en marcha. Luego siguió tras él, como unidas los dos por una invisible maroma.

Salieron de la ciudad por la autopista de Hialeah, sin prisa. Un coche patrulla estacionado antes de llegar a una curva lanzaba destellos con su luz roja intermitente. Pocos coches se cruzaron con los dos ocupados por los pistoleros y sus víctimas.

Siguieron rodando dos o tres millas más, hasta que el primer vehículo dobló por un desvío y se detuvo con una sacudida. El *sedán* lo hizo pegado a su parte trasera. Dos hombres surgieron del último coche y se reunieron con el que había conducido el primero.

Uno de ellos gruñó:

—Este es un buen lugar. No los encontrarán antes de mañana. ¿Llevan

algo en los bolsillos?

—En absoluto —replicó el chofer—. He tanteado sus trajes de arriba abajo. Ni tabaco siquiera.

—Está bien, vámonos de aquí.

Dieron la vuelta al gran coche negro y emprendieron el regreso, dejando abandonado el auto de alquiler y su macabra carga.

En su residencia, Samuel Bowman hablaba por teléfono con evidente satisfacción.

—Todo lo que queda ahí fuera son unos cristales rotos —explicó entusiasmado—. Los muchachos han hecho un buen trabajo, Morley.

—Sabían lo que tenían que hacer —replicó el tahúr. —Lo que me gustaría saber es la razón por la cual ese maldito fisgón de Washington te advirtió de la presencia de esos tipos...

—Fue un comentario. El creía que eran tus hombres precisamente.

—Eso demuestra que están enterados de nuestras relaciones. Ten mucho cuidado de ahora en adelante, Sam, o el negocio se irá al infierno.

—No me gustaría, tú lo sabes.

—¿Cuándo llegará él?

—No puede tardar. Mañana quizá.

Sonó un gruñido de asentimiento. Luego, Morley se despidió y la comunicación quedó cortada.

Bowman depositó el auricular lentamente, pensativo. Era cierto que los pistoleros de Morley le habían librado de los dos espías, pero era casi seguro que otros acudirían para ocupar el lugar de los primeros...

Era preciso aclarar los tratos, cerrar el negocio y retirarse definitivamente. Tendría tanto dinero que el resto de su vida podría dedicarlo, única y exclusivamente, a disfrutar, sin quebraderos de cabeza.

Pero antes había que cerrar ese último negocio, el más importante y espectacular de su carrera...

Se había convertido en una cuestión personal, especialmente después de la aparición de aquel maldito *G. Man*.

Un desafío, eso es. Un desafío entre su inteligencia y el poder del FBI. Les demostraría quién era él...

* * *

Era una noche muy clara, con una gran luna flotando en el firmamento. Parecía tan baja que daba la sensación de poderla alcanzar con la mano.

Su lechosa claridad se desparramaba por el llano y todo el pequeño valle, recortando nítidamente los arbustos, las palmeras y la vegetación tropical que lo invadía todo.

Años atrás había habido una base aérea en esos parajes. Nunca tuvo excesiva importancia ni llegó a utilizarse para otra cosa que para vuelos de entrenamiento. De la existencia de la base quedaban dos pistas de cemento resquebrajado. Por entre las grietas crecía la hierba y en esta época del año algunas flores de pálidos colores. También resistía el paso implacable del tiempo y el abandono uno de los barracones de madera, si bien sus paredes carcomidas amenazaban con desplomarse de un momento a otro.

Los demás, incluido el que sirviera de oficinas, hacía muchos años que habían desaparecido.

Sobre los restos de las pistas evolucionó el ligero avión de turismo. El piloto, a pesar de la claridad lunar, demostró una pericia poco común al conseguir que el pequeño bimotor tomara tierra sin más consecuencias desagradables que un par de saltos al tropezar con otras tantas grietas más grandes que las demás.

Cuando se descorrió la cubierta de la cabina y una sombra se descolgó hasta el suelo, el piloto agitó una mano entre el estrépito de los motores. Luego, la cabina se cerró, el avión se puso en movimiento para dar la vuelta y minutos después volaba nuevamente hasta perderse en el cielo cuajado de estrellas, como si fuera al encuentro de la gran luna blanca.

El pasajero que se había apeado se encaminó al cobertizo que todavía resistía. Se detuvo en la entrada sin puerta mirando al negro interior.

Con voz seca, en español, preguntó:

—¿Está usted ahí?

Una figura cubierta con un sombrero de alas anchas se destacó de la oscuridad. En el mismo idioma, aunque con entonación claramente inglesa, replicó:

—Desde hace más de una hora. Se ha retrasado usted.

—Sí, el piloto ha dado un gran rodeo. ¿A qué distancia estamos de Miami?

—Casi cincuenta millas, pero no se preocupe. Tengo un buen coche cerca de aquí.

—¿Qué poblaciones están más cerca?

—Delray Beach. ¿Por qué?

—Necesito telefonar.

—Mis órdenes son de llevarlo directamente a la residencia de Miami, sin desvíos ni contactos con nadie, así que su llamada tendrá que esperar. Sígame.

Refunfuñando, el recién llegado anduvo detrás del hombre del sombrero.

Cuando llegaron a la carretera, éste dio un largo vistazo a su pasajero. Vio que se trataba de un hombre de unos cincuenta años, más bien gordo y con un rostro tostado por el sol. Sus facciones le delataban como un descendiente de mestizaje. Sus ojos eran muy negros bajo unas cejas como

cepillos.

—Si por cualquier circunstancia nos viésemos precisados a detenernos mantenga la boca cerrada. Yo hablaré por los dos. ¿Trae usted documentación?

—Por supuesto.

—¿Falsa?

—Sí.

—Está bien, solo la mostrará en última instancia, aunque no creo que suceda nada. Esta es una carretera tranquila a estas horas.

Emprendieron el viaje en medio del silencio. Ninguno de los dos demostraba deseos de charlar. Sólo el hombre que había llegado en el avión daba ligeras muestras de impaciencia.

Repentinamente, el conductor preguntó:

—¿Trae usted armas?

—Ninguna. ¿Por qué lo pregunta?

—Si estuviera usted armado podrían complicarse mucho las cosas en caso de accidente. Tengo instrucciones muy rígidas al respecto.

—No llevo ni un cortaplumas.

—Eso está bien.

Ya no volvieron a cruzar una palabra hasta las inmediaciones de Miami, refulgente con sus millones de luces parpadeantes que parecían darles la bienvenida.

El recién llegado se recostó en el asiento. No le impresionó el maravilloso panorama. Tenía otras cosas más importante en qué pensar...

* * *

La arena era suave y conservaba todavía el calor del día. April se quitó las chinelas de tiras y anduvo descalza, colgada del duro brazo de su acompañante.

—Son unas noches maravillosas —susurró, deteniéndose—. Una se siente ligera, alada...

Dan McKenna la miró de soslayo. Sus pensamientos seguían otros derroteros.

Ella prosiguió:

—Ha sido una cena perfecta, Dan. ¿Siempre eres tan terriblemente gentil con las mujeres?

—Sólo de vez en cuando.

Rieron quedamente. Ella flexionó las piernas y quedó sentada en la arena. Dan la imitó, pasándole el brazo por los hombros para atraerla hacia sí.

—Ese es el momento en que el protagonista besa a la chica —

susurró—, de modo que el público se olvida de lo mala que es la película.

April empezó a reír en silencio, pero sus labios fueron aprisionados casi con violencia por los del hombre, en un beso intenso, pasional, tan violento que no hubiera podido ser incluido en ninguna película.

Jadeante, April se apartó para mirarle a la cara.

—Dan —susurró.

—He estado deseándolo desde que te vi por primera vez, en el bar.

—No tienes que disculparte.

—No lo hago. Sólo trato de justificar el que siga besándote...

Lo hizo. Una y otra vez, mientras sentía en sus manos estremecerse el cuerpo tenso de la mujer, que apretaba sobre su pecho como si temiera perderla de un instante a otro.

De nuevo les faltó el aliento. Ella murmuró:

—Salvaje... eso es lo que eres...

—Sólo en ocasiones. Esta es una de ellas.

—¿Por qué, Dan?

—No lo sé. Quizá son tus labios, o el hecho de que eres la mujer más cautivadora que he conocido nunca...

—¿Ha habido muchas?

—Si las ha habido ya no cuenta, las he olvidado. Eso es algo que jamás podré decir de ti.

Ella le pasó los brazos por el cuello. Quedó unida a él estrechamente.

—Yo tampoco deseo olvidarte —susurró—. Pero temo que tus negocios te apartarán pronto de mí... cuando te obliguen a viajar...

—No quiero acordarme de los negocios ahora. Llevo una mala temporada de modo que olvidémonos de eso.

—¿Qué quieres decir con «una mala temporada»?

—No hay ventas, eso es todo. O quizá se debe a que no acierto a tratar con las personas adecuadas. Pero, ¿por qué infiernos estamos hablando de esas tonterías?

—No son tonterías, son tu medio de vida, Dan...

—¿Te preocupa eso?

—No, ciertamente, pero se me ha ocurrido que tal vez yo pudiera ayudarte...

El hizo esfuerzos para no ponerse rígido, delatándole. Sólo preguntó:

—¿De qué manera?

—Presentándote a algunas personas con relaciones importantes en el extranjero. Son gente de confianza, Dan.

—Esa puede ser una idea brillante, querida. Pero si no te importa, prefiero que esperemos a mañana para hablar de negocios. Esta es nuestra noche; larga, misteriosa y clara noche de amor. Suena un tanto cursi, pero eso quiero que sea, April.

—Esos son también mis deseos...

Se abrazaron estrechamente, en silencio. Y en silencio se encontraron sus labios, y se hundieron el uno en el otro como si realmente aquella fuera una noche de amor creada únicamente para los dos...

En alguna parte, en aquel cielo claro y estrellado, se oyó el zumbido de un avión. Eran motores de pequeña cilindrada...

Un bimotor deportivo cruzó sobre la playa volando muy alto.

Ni uno ni otro le hicieron el menor caso, inmersos en su universo de caricias, unidos por la misma pasión desbordante tras la cual se ocultaban las sombras de la duda...

Estaban reunidos en una cabaña del «Modern Motel», uno de los aparentemente lícitos negocios de Hugh Morley.

Este acababa de entrar y miraba con sus ojos de halcón al hombre de tez morena y ojos negros y brillantes que estaba sentado al lado de Sam Bowman.

El traficante se levantó y fue a su encuentro.

—Este es el coronel Andiles, Morley. Te dije que vendría personalmente y aquí está.

El tahúr avanzó sin apartar la mirada del silencioso militar.

—De modo que usted es el revolucionario —gruñó, reteniéndose ante el forastero.

El aludido replicó con sequedad, en un inglés forzado:

—No me gusta su manera de decirlo.

—Tonterías. No está en situación de disgustarse con su cuenta corriente.

El coronel palideció bajo su piel tostada. Bowman se apresuró a intervenir.

—Espero que podamos llegar a un acuerdo esta misma noche —dijo acercando un sillón para Morley—. Mi «contacto» me ha advertido que no quedan más que tres días.

—Ese famoso contacto —rezongó el tahúr— ha estado diciendo lo mismo desde hace un mes.

El coronel intervino:

—Según Bowman, usted está dispuesto a financiar parte del armamento que necesito. Pero Bowman no ha podido aclararme todavía los motivos que empujan a usted a arriesgar un millón de dólares. Yo quiero saberlos antes de aceptar su ayuda.

Morley esbozó un gesto de fastidio.

—Usted aceptará mis condiciones porque no tiene otra alternativa si quiere conseguir esas armas —espetó secamente—. Usted quiere alzarse con el poder en su país por motivos que no vamos a discutir ahora, pero que no son altruistas ni mucho menos. Para usted es un negocio en grande.

Para mí también, de modo que arriesgo un millón o algo más, para conseguir multiplicarlo en poco tiempo, antes que otro militarillo haga lo que está haciendo usted ahora y nos fastidie a todos.

No pudo terminar. El coronel, rojo como un pimiento, se había levantado de un salto y sus furibundos ojos parecían despedir chispas.

—¡Cállese! —bramó.

Morley se encogió de hombros. Sacó un cigarrillo, lo encendió y contempló al militar como si fuera un espectáculo aburrido.

De nuevo, Bowman trató de poner paz, consiguiéndolo sólo a medias.

El coronel masculló:

—El hecho de que le necesite a usted, o a su dinero, no me obliga a soportarle sus sucias opiniones. Recuérdele si quiere seguir adelante con el trato.

Morley, fastidiado, se levantó disponiéndose a marcharse. Pero antes gruñó:

—Cuando esté dispuesto a soportarlas avísame, o váyase al infierno, coronel. Para mí, todos ustedes son iguales.

Bowman le detuvo cuando ya llegaba a la puerta.

—¡Maldita sea, Morley! ¿Te has propuesto estropearlo todo, después de lo que me ha costado preparar este negocio?

El tahúr titubeó. Miró al coronel, que permanecía muy rígido en su asiento. Soltó un juramento por lo bajo y volvió atrás, ocupando de nuevo el sillón.

Bowman suspiró.

—Sigamos con los tratos —dijo—. Háblale al coronel de tus condiciones sin más rodeos.

El *gángster* apretó las mandíbulas. Le fastidiaba aquel hombrecillo hinchado de orgullo, pero pensó a tiempo en los beneficios que podría obtener de su asociación y se contuvo.

—Muy bien —accedió—. Aportaré el dinero necesario para equipar a sus hombres a cambio de dos concesiones: el juego y la prostitución.

Andiles pegó un respingo.

—¿Qué? —barbotó.

—Dejará todo el juego en mis manos. Yo lo controlaré. Sé cómo organizarlo a la perfección. En cuanto a la prostitución, quedará también bajo mi único control. La explotaré a mi manera. Eso es todo.

—Está loco. ¿Es así cómo piensa recuperar su capital?

—Seguro. Y con intereses —rió el tahúr.

—¿Cómo piensa conseguirlo?

—Usted me ayudará, por supuesto. Cuando esté en el poder firmará un par de decretos. Lo demás correrá de mi cuenta. Quiero carta blanca para mi actuación.

Andiles se estremeció. Sentía grandes deseos de pegarle un puñetazo a

aquel facineroso. Pero eso sería tanto como pegarle un puñetazo a su millón y pico de dólares. Morley tenía en sus manos los cordones de la bolsa.

—Aceptado —masculló al fin.

Bowman se frotó las manos. Luego intervino:

—Recibirá usted el envío en el lugar indicado de la costa. No cabe la menor duda que vencerá usted con esas armas, pero también es cierto que se armará un revuelo internacional de primer orden. ¿Está seguro de poder enfrentarse con la opinión exterior cuando el asunto estalle?

—Sé cómo manejar esa opinión. Igualmente, sé la manera de mantener a raya al Gobierno de Washington, porque hay ingentes intereses norteamericanos en mi país. Respetaré esos intereses mientras no traten de interferir en la política que adopte cuando esté en el poder. En cierto modo —añadió con sarcasmo—, su Gobierno está haciendo en la actualidad lo mismo que usted trata de llevar a cabo, Morley, aunque ellos lo hacen en gran escala, pero con el cobre y la fruta...

—Eso demuestra que yo he nacido para la política —rezongó el tahúr, con tono burlón—. ¿Estamos de acuerdo?

—Perfectamente.

—Entonces, eso es todo lo que había que discutir. El dinero estará dispuesto en una semana.

—Pero antes, Hugh...

Este se volvió hacia Bowman.

—Recibirás la mitad en dos días —afirmó—. Ahora puedes avisar a tu «contacto» para que esté todo listo en la fecha convenida.

Salió sin dirigir una mirada al coronel, que se levantó, rígido y ardiendo de furor.

—¡Ese patán! —barbotó—. Nunca debí acceder a tratar con él. Empiezo a desconfiar hasta de usted, Bowman...

—Mire, Morley es un tipo duro que se ha situado en la cumbre gracias a su habilidad. Además, tiene el dinero en efectivo que hace falta para este negocio y está dispuesto a arriesgarlo. No hay más remedio que soportarlo, por lo menos hasta que usted esté en el poder...

La entonación caustica de esta última frase penetró lentamente en el cerebro del militar, abriéndose paso hasta su comprensión, donde estalló como un chispazo.

—Comprendo —gruñó—. Una vez conseguido el objetivo...

—Justamente —rió el traficante—. Usted estará donde ambiciona, y nadie podrá dictarle entonces lo que tiene que hacer. Personalmente, no simpatizo tampoco con Morley. En absoluto.

—Creo que usted y yo haremos grandes cosas, Bowman —admitió el coronel, sonriendo—. No lo olvidaré.

—Gracias, coronel. He de irme ahora. Hasta que este asunto esté

terminado no puedo perder ni un minuto.

—¿Es seguro este lugar?

—Es el más seguro de que podemos disponer. Seguirá usted aquí hasta que esté todo preparado para que pueda regresar a su país a tiempo de recibir el armamento. Pero, entre tanto, cuanto menos se deje ver, más seguridad alcanzará.

—Conforme.

Tras despedirse con brevedad, Samuel Bowman abandonó la lujosa cabaña, dejando tras sí a un preocupado coronel Andiles. Sólo el pensamiento de lo que haría con el insolente Morley cuando estuviera en el poder mitigaba un poco sus graves preocupaciones...

Terry Wilson, agente de enlace entre el *Bureau* y Dan McKenna, miró a éste con evidente perplejidad.

—De modo que se ha tragado el anzuelo —comentó.

Dan asintió con un gesto. Parecía contrariado.

—Está dispuesta a presentarme a gentes de confianza, que pueden interesarse en mi «negocio».

—¿Te has detenido a pensar que cualquiera de esas personas de confianza puede ser Bowman?

—Ya se me ha ocurrido.

—Entonces no he de decirte lo que te espera si él te desenmascara. Ya has visto que no les importa matar un federal más o menos.

—Ahí está lo que me desconcierta... Bowman no es el tipo que se arriesgaría a tanto. Tiene un gran negocio, es rico... ¿Por qué arriesgar el cuello de semejante manera?

—Nunca se tiene bastante dinero. Y si él cree que los del FBI pueden poner en peligro su fuente de ingresos...

—Incluso así. No encaja.

—¿En quién piensas entonces, en Morley? Si es así, la diferencia es solo aparente, ya que los dos están en estrecha relación.

McKenna no replicó. Estaban en su habitación del hotel. El sol entraba por la abierta ventana, y desde ella se dominaba una gran extensión de playa. Infinidad de mujeres pululaban por ella con brevísimos trajes de baño, cual si las más hermosas del mundo se hubieran dado cita allí con el exclusiva propósito de mostrar sus encantos casi en su totalidad.

Terry acabó por dar la espalda a ese espectáculo, preocupado por otros problemas.

—¿Cuándo te pondrá en contacto con esos tipos importantes? —preguntó.

—No lo sé.

—Se me antoja que no te satisface el rumbo de los acontecimientos, muchacho. ¿Qué ocurre, te has enamorado de esa dama?

—No digas tonterías.

—Bueno, tontería. Ella es capaz de volverle el seso a cualquiera... No hay más que verla con esa miniatura de bikini para encandilarse.

—Deja eso, Terry.

—Estás jugando con fuego, Dan.

—Ponlo en tu informe si tanto te preocupa.

El enlace esbozó una mueca de disgusto.

—Debería saltarte los dientes de un tortazo —refunfuñó—. Sabes muy bien lo que ocurriría si dijera eso en mis informes. No obstante, me inquieta tu interés por ella. Y no por lo que pueda sucederte a ti...

—Ya veo.

—¿Qué sucedió anoche, después de la cena?

—¡Con un demonio! ¿Crees que...?

Se interrumpió. Con un violento esfuerzo controló sus nervios y esbozó una sonrisa.

—Está bien, olvídalo, Terry.

Este asintió con un gesto. Buscó en sus bolsillos y extrajo un papel arrugado.

—Aquí tengo algo para ti —dijo—. El informe sobre esos tipos que mataste... Sólo tienen algo referente a O'Reilly.

McKenna se enderezó, interesado.

—¿Estaba fichado?

—Seguro. Estuvo preso dos veces por atraco y una por tenencia de narcóticos. Pero fue detenido muchas otras, aunque tuvieron que soltarle por falta de pruebas. Últimamente había desaparecido sin que se supiera nada de él.

—Eso no nos sirve de nada.

—Espera un minuto —le atajó su compañero, enarbolando otro papel—. Aquí tengo una lista de las fechas y motivos por los que fue detenido antes de que se esfumara... y casi siempre resultó acusado de recaudar el «juego de los números», o las apuestas ilegales. Eso sugiere algunas ideas, sabiendo quién es Morley.

—¿Crees que trabaja para él?

—Es muy posible. Eso es más fácil de investigar por la policía Metropolitana. Ya he cursado una petición al respecto.

—¿Y del otro?

—Nada.

—Si realmente fue Morley quien ordenó matar al ex socio de Bowman no cabe duda que éste sabía algo importante. O, quizá, no supiera nada, después de todo...; lo cual no deja de ser una paradoja.

—Eso parece un jeroglífico.

—Field no me reveló nada que tuviera verdadero interés, por lo menos aparentemente. Sólo me dijo que Bowman no disponía de material

suficiente para servir un pedido de cierta importancia... Me pregunto si le mataron para que no revelara eso...

—No le veo la punta, francamente. ¿Qué podía importarles que dijera eso?

—Tal vez no querían que hiciésemos conjeturas... Supongamos que Bowman tiene el compromiso de equipar a los hombres del coronel Andiles... pero no dispone de las armas necesarias. Sigamos suponiendo que ha cobrado una parte, o la mitad por adelantado, de modo que no puede volverse atrás, tiene que cumplir su compromiso... ¿Qué crees que haría en ese caso?

—No tengo la menor idea... ¿Robar las armas tal vez?

—Esa es una posibilidad, pero no creo que ni contando con una pandilla de pistoleros entrenados pudiera robar la cantidad de armamento necesario para poner en pie de guerra a un ejército como el que debe estar organizando Andiles...

—¿Entonces...?

—Quizá trata de sustituir la cantidad por la calidad.

—Ahora es cuando te entiendo menos.

—No importa, la cosa no pasa de un embrión de idea. No obstante, vas a llevar a cabo una pequeña investigación acerca de los envíos que esté a punto de realizar el Ejército, sean de la clase que sean.

Terry se encogió de hombros.

—Eso es un trabajo de pura rutina —comentó—. ¿Te veré aquí cuando haya averiguado lo que te interesa?

—Sí, a menos que te llame antes.

—Antes que me vaya, tal vez sería conveniente que hablases con la policía para saber qué han sacado ellos de los dos fiambres. Me gustaría saber quién era Gibbs Carr.

—Casi lo había olvidado...

Dan descolgó el teléfono y estableció comunicación con la Brigada de Homicidios. Cuando el oficial estuvo al habla se dio a conocer. Tras eso hizo su petición.

—Jack O'Reilly tenía un historial más largo que mi brazo —explicó el policía—. Detenido varias veces, una de ellas por agentes del FBI a causa de haber sido sorprendido con cierta cantidad de estupefacientes.

—¿Para quién trabajaba estos últimos tiempos?

—Sospechamos que estaba a las órdenes de Hugh Morley, aunque no es seguro.

—Eso era lo que yo suponía. ¿Y en cuanto a Gibbs Carr?

—Este era un lobo solitario. Había sido detenido tres o cuatro veces, pero nunca se pudo probar delito alguno contra él.

—¿Cuál era su especialidad?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Había sido interrogado en relación

con todos los delitos del Código. Tenemos fundadas sospechas de que se «alquilaba» para trabajos esporádicos.

—¿Trabajos de pistola? —puntualizó.

—Pudiera ser. Estamos profundizando más sobre esto.

Dan asintió. Luego hizo otra pregunta:

—¿Han interrogado a Morley respecto a O'Reilly?

—No.

—¿Por qué?

—No pasaríamos de su barrera de picapleitos. Está protegido y bien asesorado. No le sacaríamos una palabra, y solo conseguiríamos ponerlo en guardia. Pero si le interesa a usted hacerle unas preguntas podemos traerlo aquí y...

—Es preferible dejarlo en paz por el momento —decidió Dan de mala gana—. Le llamaré más adelante, teniente.

Colgó y explicó lo poco que había oído. Terry comentó:

—Tampoco por ese lado hemos adelantado un paso. ¿Qué piensas hacer ahora?

McKenna consultó su reloj de pulsera.

—He de reunirme con April dentro de diez minutos. Trataré de forzarla a presentarme a esos presuntos negociantes «de confianza», para ver cómo reacciona.

—Bueno, cuídate, Dan.

El enlace abandonó la habitación, mientras McKenna terminaba de vestirse. Encendió un cigarrillo y trató de pensar imparcialmente en April.

Pronto se dio cuenta de que ese era un intento vano. Evocaba la imagen turbadora de la muchacha y creía sentir de nuevo en los suyos los llameantes labios de ella. Sus sentimientos se confundían, haciendo que todas sus convicciones se tambalearan. Una extraña zozobra le invadía al pensar que él, precisamente él, debía ser quien llevase a la muchacha al borde del abismo.

Minutos más tarde abandonó la habitación luchando todavía para anteponer el deber a sus sentimientos personales. Sin embargo, temía que esa fuera una lucha inútil.

10



El señor cónsul miró estupefacto al hombre que acababa de darle la noticia.

—Es inaudito —exclamó con voz ahogada—. ¿Cree usted que hay aquí suficientes hombres del coronel Andiles para hacer una cosa como esa?

Barrios negó con un movimiento de cabeza.

—Es un golpe típico de *gángsters* norteamericanos, Excelencia... Pistoleros de Bowman quizá, o de Morley. Les acribillaron dentro del mismo coche, y luego llevaron éste hasta un lugar desierto.

—De manera que durante toda la noche y parte de la mañana, la residencia de Bowman ha estado sin vigilancia.

—Efectivamente. He colocado otros agentes en la calle en dos coches distintos y separados para que pueda prestarse ayuda mutuamente en caso de repetirse lo de anoche. Pero Bowman ha pasado fuera la mayor parte de la mañana. Justo ha regresado una hora después de establecer la vigilancia.

—Barrios, eso ha sido una torpeza por su parte. Debió prever que ocurriera algo semejante. Es su trabajo.

—Lo lamento, señor. En nuestro país nadie se hubiera atrevido jamás a atacar a dos hombres de nuestro servicio de Seguridad Política...

—¡Le dije que estamos en Norteamérica! —estalló el cónsul Miranda—. Aquí no gozamos del poder y la impunidad a que estamos acostumbrados. Si la policía consigue averiguar la nacionalidad de esos dos hombres vamos a vernos en un compromiso muy grave...

Barrios apretó los labios y no replicó. Estaba furioso, y no solo por la muerte de sus agentes. Eso le dejaba indiferente.

El señor cónsul masculló:

—Bowman puede haberse entrevistado con un enviado del coronel... ¿Tiene chófer?

—¿Bowman?

—¿De quién demonios cree que estamos hablando?

—No, conduce él mismo su coche.

Tras una pausa, el cónsul masculló:

—Empiezo a pensar que deberemos atacar el problema en sus raíces, Barrios...

Este comprendió.

—Eliminado Bowman, Andiles estaría perdido definitivamente —dijo con entusiasmo—. No tiene relación con ningún otro traficante de armas.

—Eso es lo que creo... Pero hay otro detalle que me intriga, y es el dinero. Usted sabe cómo operan estos vendedores de armamento. No venden a crédito. Por tanto, ¿de dónde ha sacado el coronel la cantidad de dólares necesaria para esos tratos?

—Ese es un misterio que todavía no he comprendido.

Un ronco zumbador de sobremesa dejó oír su desagradable sonido. El cónsul movió la clavija y la voz del primer secretario informó:

—Acaba de llegar un mensaje urgente, señor, del señor presidente.

Miranda se puso rígido.

—Tradúzcalo inmediatamente y pásemelo.

Aguardó, impaciente. Tanto podían ser buenas como malas noticias. Lo sucedido con los dos espías y Bowman le había agriado el humor haciéndole olvidar sus sueños dorados.

Las noticias no podían ser peores. Dio un salto al leerlas. El mismo Barrios se quedó helado al ver la expresión enfurecida del señor cónsul.

—¡Condenación! Ahora podemos suponer dónde ha estado Bowman toda la mañana —barbotó Miranda.

—Excelencia...

—¡Excelencia un cuerno! Tome, lea esto.

Barrios leyó. No pudo evitar un escalofrío que puso hielo en sus venas.

La noticia era escueta. El coronel Andiles había logrado salir de su país a pesar de todos los controles establecidos. Se sabía que su punto de destino era Miami. El mensaje terminaba con un seco:

«Intercéptenlo».

—Casi no puedo creerlo —balbució el intendente general de la Policía Política.

—¡Pues vaya aceptando la idea poco a poco! —ladró Miranda, a punto de estallar—. Andiles aquí, tramitando personalmente la compra de ese armamento... ¿Cree que podrá usted localizarlo en todo el día de hoy?

—Es muy difícil...

—Sí, eso es cierto. Cualquiera sabe... —bufó entre dientes—. Si Bowman desaparece, Andiles se encontrará perdido aquí.

Barrios asintió. Ese era un lenguaje que entendía perfectamente.

—Por la seguridad del señor presidente —añadió el señor cónsul, humildemente—. Discreción, absoluta discreción, Barrios. La situación es extremadamente delicada. Y ahora que se me ocurre, ¿qué puede decirme de ese nuevo agente federal de que me habló?

—Estamos haciendo cuanto podemos, Excelencia, pero todavía no ha aparecido.

—Tengan cuidado. Ahora es «absolutamente» imprescindible no interferirnos con los hombres del FBI. Dejémosles que sigan buscando a los sicarios del coronel Andiles... Mientras se ocupan de eso nos dejan las manos libres a nosotros. ¿Comprendido?

—Perfectamente.

—Eso es todo, Barrios. Recuérdelo; efectividad y discreción.

Barrios inclinó la cabeza en muda despedida y salió del despacho.

¡Andiles en Miami! El señor cónsul no podía creerlo.

* * *

Dan McKenna miró fijamente a la muchacha y se estremeció. Ella dijo en susurro:

—Esta noche, después de la cena.

—¿Quiénes son esos hombres? Mi negocio es un riesgo continuo. He de saber con quién trato.

—Lo sabrás a su debido tiempo. No puedo decírtelo ahora porque todavía no he hablado personalmente con ellos. Sólo sé que acudirán a la cita.

—Eso es un tanto arriesgado, April...

—¿No es arriesgado tu negocio, querido?

—Bien, son riesgos distintos. En fin, esperaré. Entretanto...

Entretanto la besó. Lo hizo tratando de sobreponerse a la zozobra que se apoderaba de su ánimo, a la inquietud que dominaba su mente.

Ella se entregó al beso con el ardor pasional de costumbre. Sus besos eran para el hombre horizontes nuevos cada vez, como si antes de tener aquella boca en la suya no hubiera besado jamás a una mujer.

Estaban solos en la terraza. Oscurecía y la brisa del mar movía perezosamente las palmeras. A sus pies, la playa se extendía con su bullicio de siempre.

La muchacha vestía un sutil traje de verano sin mangas, que se ceñía a su cuerpo tan estrechamente como los brazos del hombre. Era una imagen turbadora y sugestiva a un tiempo, con sus profundos ojos en los que chispeaba la picardía, o llameaba la pasión según las sensaciones que viviera en el momento.

El tiempo se había deslizado sin advertirlo. Después de unos instantes de entregarse a sus caricias, la joven susurró:

—Debo ir a vestirme para la cena, querido...

—Estás maravillosa así...

—Esa es tu opinión. Pero este es un vestido de tarde.

—Nunca entenderé estas sutilezas. Está bien, está bien, te concedo quince minutos —se apresuró a añadir ante el gesto de protesta de la muchacha.

La besó fugazmente antes que se alejara de él. Después, entró al hotel con paso cansino, perdida toda sombra de jovialidad.

Se dirigió a los ascensores, pero antes de llegar a ellos la vio fugazmente en el bar interior, saliendo por la puerta del comedor.

Observó que un hombre la seguía y cambió de rumbo.

Llegó a tiempo de ver a April en apresurada charla con el desconocido. Hablaba ella y el otro escuchaba. Era un tipo de elevada estatura, de anchos hombros y de unos treinta y cinco años. Vestía con sencillez, aunque sus ropas baratas no lograban disimular la amplitud de sus espaldas.

Un hombre fuerte y resuelto, a juzgar por su aspecto.

Formulaba concisas y cortas preguntas, a las que April respondía sin titubear. Finalmente, ella alargó las manos y sujetó una del desconocido, como si le suplicara.

McKenna retrocedió sin ser visto. Estaban preparándole la recepción sin duda alguna. Mientras no fuera identificado todo iría bien... si podía decirse eso hallándose April en el bando contrario.

Entró en su habitación sintiéndose indeciso y furioso consigo mismo. Era la primera vez en su carrera que se dejaba dominar por los sentimientos. Bien, se lo había ganado a pulso. Iba a pagarlo caro...

No tuvo humor suficiente para cambiarse de ropa. Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. La noche había caído y la playa, a pesar de la luna, era una mancha oscura con las negras siluetas de las palmeras balanceándose suavemente.

Podía ser un paraje idílico... si no fuera por las intrigas criminales de aquella gente.

Oyó abrirse la puerta y giró sobre sus talones como una peonza. Pero se inmovilizó ante las dos pistolas automáticas que le apuntaban de modo implacable.

Levantó los ojos separándolos de las armas. Los dos hombres que habían irrumpido eran semejantes entre sí. Fuertes y de cara inexpresiva. Ambos vestían trajes baratos de color marrón. Cerraron la puerta y uno de ellos dijo:

—Así está bien, amigo. No mueva ni las pestañas... Tú, Couley, desármalo.

Couley dio un rodeo para no interponerse en la línea de tiro de su compinche, de modo que se acercó a Dan por detrás. Con una gran agilidad le despojó del revólver, apartándose después de un brinco.

El que llevaba la voz cantante habló:

—Sabemos quién es usted, de manera que ahórrese el discurso. Va a

venir con nosotros y todo irá bien si no ofrece dificultades. En caso contrario le mataremos. ¿Está esto claro, McKenna?

—Diáfano. ¿De qué se trata, un «paseo»?

—No pregunte. Andando. Las pistolas estarán apuntadas a sus riñones todo el tiempo.

Echó a andar hacia la puerta. Los dos pistoleros se colocaron a sus espaldas, un poco separados entre ellos, las manos hundidas en los bolsillos y los ojos alerta.

Dan esperaba que se presentase una oportunidad de sorprenderles antes que pudieran abandonar el hotel, pero no hubo ninguna. Sólo al atravesar el vestíbulo hubiera podido intentarlo, pero entonces hubiera puesto en peligro la vida de infinidad de personas que se agolpaban en todas partes. No tenía derecho a hacerlo.

Así fue introducido en un largo coche negro, ante cuyo volante esperaba otro pandillero. El auto se puso en marcha y McKenna emprendió un viaje que muy bien podía llevarle a la muerte...

Hugh Morley, sentado al otro lado de la mesa, contempló al agente federal con una mirada brillante y amenazadora.

Dan McKenna, entre los dos gorilas que le habían capturado, soportó el escrutinio con rostro impasible, pero dijo:

—Espero que sepa lo que está haciendo, Morley.

Este movió la cabeza.

—Ya sé que es usted uno de los chicos de míster Hoover, un agente especial y todo eso. No me impresiona. De un tiempo a esta parte corren malos vientos para los federales en Miami. Ocho de ellos parece que mordieron el polvo.

Dan apretó las quijadas.

—Nueve —rectificó.

—¿Sí? Eso parece una epidemia. Y ahora vayamos al grano. Usted visitó a Bowman. Le metió el miedo en el cuerpo y dio a entender que estaba enterado de muchas cosas. Muy bien, presumo que parte de todo ello eran bravatas para inquietarlo. ¿Me equivoco?

—Tal vez.

—Pero le informó también de que dos tipos vigilaban su casa. ¿Por qué?

—No le entiendo...

—Usted le avisó. Muy amable, ¿no cree? Y Bowman empezó a temblar como un flan. ¿Por qué tuvo usted semejante interés en ponerle sobre aviso?

—Pensé que era otro detalle para asustarlo.

—No cuela, McKenna. Hay algo más.

—Si usted lo dice...

—No me saque de mis casillas, estúpido. Si cree que gracias a su chapa no emplearé la violencia con usted se equivoca de medio a medio.

—Si lo hace tendrá que matarme, Morley, porque en caso contrario le destruiré —dijo Dan con calma—. Y pensándolo bien, quizá sea hora de acabar con usted y sus mañas, especialmente si fueron sus hombres los que atacaron a mis compañeros la noche del huracán.

—Para ser federal es usted un ingenuo. No crea que me importaría mucho dar la orden de liquidarlo. El negocio es lo bastante importante como para correr el riesgo. Pero en la escabechina de sus camaradas no intervino ninguno de mis hombres. Debería saber usted a estas alturas quiénes fueron.

McKenna enarcó las cejas, dispuesto a seguir aquel juego hasta el final.

—¿Quiere usted decir que eran sicarios del coronel Andiles, el cliente de Bowman?

Morley no pudo contener un gesto de fastidio e impaciencia.

—Andiles no tiene gente aquí para una operación de esa envergadura —soltó, sin darse cuenta que estaba haciéndole el juego al agente federal.

Este gruñó:

—Eso mismo es lo que pensaba. ¿Dónde entra usted en esto, Morley?

—Usted olvida que quien hace las preguntas soy yo, McKenna. ¿Qué ha averiguado respecto a la operación de Bowman, y quién más está informado de ello?

—Por lo que deduzco, usted toma parte en el negocio... Bueno, no sé mucho todavía. Mis principales esfuerzos se han dirigido a descubrir la pista de los asesinos de mis colegas. También me gustaría mucho saber por qué dio usted la orden de matar a Unger Field...

Esta vez comprendió que había dado en el blanco. Morley pegó un respingo y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Como un relámpago, la comprensión entró en su mente, desvelándole algo que había estado inquietándole hasta entonces.

—De modo —barbotó— que fue usted quien mató a los dos hombres... Debí haberlo supuesto mucho antes. Usted ya había interrogado a esa botella de *whisky* con piernas, eso es...

—Cierto, le saqué todo cuanto tenía dentro.

—¿Y...?

—Hice algunas deducciones, Morley. Muy interesantes.

El tahúr había palidecido. Pequeñas gotas de sudor se deslizaban de su ancha frente. Miró a sus esbirros como si esperase una indicación, cualquier cosa que le diera pie para solucionar lo que tan difícil se le había puesto.

Como no encontró nada de eso, murmuró:

—Eso lo empeora todo, fisgón... para usted. Ya le he dicho que el negocio es demasiado importante para ponerlo en peligro por un federal más o menos. Pero antes quiero saber sus andanzas y conclusiones, McKenna.

Este esbozó una helada sonrisa.

—Debería saber usted que pierde el tiempo. Y, lo que es más grave, va a perder la cabeza, Morley.

Este se levantó, furioso, impaciente y, tal vez, un poco impresionado por la fría calma del agente federal.

—Ya basta —gruñó—. Couley, convence a nuestro amigo de que le conviene colaborar. Tú, Boyd, vigílalo. Métele un plomo si se siente gallito, ¿entiendes?

Los dos pistoleros se miraron, No dieron muestras de entusiasmo precisamente. Una cosa era darle un susto a un agente federal y otra muy distinta machacarlo o pegarle un tiro. Máxime, con los malos vientos que corrían a raíz de la matanza de la playa.

—¿He de repetirlo?

La voz de Morley se había hecho aguda, casi histérica.

McKenna miró a Boyd. Sonrió.

—Vamos, dispara, Boyd —dijo—. A fin de cuentas, la silla eléctrica no duele mucho...

Ese fue el momento escogido por Couley para descargarle un golpe en la nuca. Dan recibió el impacto y su cabeza osciló como una bola inerte. Se desplomó de rodillas, luchando por recobrarse cuanto antes.

Boyd que, como todo buen pistolero era un cobarde, aprovechó para disparar un puntapié que repercutió en las costillas del hombre del FBI, donde sonó de modo lúgubre.

Dan se revolvió al caer. Trató de agarrar aquella pierna que se levantaba otra vez, pero falló y el nuevo golpe le aplastó contra las baldosas.

—¡Ya basta! —ordenó Morley. Las manos le temblaban y sus ojos agrandados tenían una mirada desorbitada—. Ahora hablará. Antes que le hagamos pedazos... ¿no es cierto, federal?

Dan McKenna sacudió la cabeza, apoyándose sobre manos y rodillas.

—Ha perdido la razón, Morley —barbotó.

Se irguió poco a poco, conteniendo el dolor del costado, allí donde el puntapié le había castigado cruelmente. Al inhalar aire profundamente un sablazo de dolor parecía atravesarle. Pensó si tendría una costilla rota...

—Creo que sé de qué se trata este negocio —dijo, al ponerse de pie, duro y desafiante—. Ahora es cuando lo he comprendido, Morley, porque es usted un estúpido sin seso. Usted mandó matar a Field solo para que no revelara que Bowman carecía de material suficiente para equipar a las huestes del coronel Andiles... ni más ni menos. Iban a equiparlo con otro armamento... un armamento que todavía no poseen...

—Eso quería oírle decir —rechinó los dientes—. Sabía que lo había averiguado, pero quería estar seguro... ¿A quién pasó el informe?

—Acabo de comprenderlo ahora mismo, bastardo... aunque debí ver claro hace tiempo.

Inesperadamente, mientras todavía estaba hablando, saltó de costado de manera tan súbita que más pareció empujado por una catapulta. Su

puño derecho se hundió materialmente en la garganta de Boyd, cuyo alarido se ahogó en un trágico gorgoteo cuando se desplomaba.

Morley gritó algo. Couley se apartó de la trayectoria del corpachón de Boyd y levantó el revólver que empuñaba, apretando el gatillo sin aguardar órdenes al respecto.

El estampido repercutió como un cañonazo entre las paredes, pero la bala pasó muy alta. Dan se revolvió, arrojándose en plancha contra el segundo pistolero. Fue un vuelo espectacular que acabó cuando su cabeza golpeó el estómago de Couley igual que un ariete.

El revólver escapó de las manos del pistolero y éste salió proyectado hacia atrás como una pelota. Morley aulló:

—¡Imbécil, mátalos!

Corrió hacia su mesa, mientras Couley acababa su recorrido estrellándose contra la pared con un ruido sordo. Gimiendo, se deslizó al suelo como un muñeco, los ojos extraviados y un hilillo de espuma cayéndole de las comisuras de la boca.

McKenna se acercó a él en dos saltos. Golpeó sin piedad, enfurecido con aquellos matarifes sin alma. Fue un golpe salvaje, brutal, irreflexivo, que acabó definitivamente con el matón.

Entonces se volvió para enfrentarse con Morley; solo que había esperado demasiado para hacerlo, puesto que el tahúr le apuntaba ya con una gran pistola automática de lujoso pavonado.

—Usted lo ha querido, fisgón... —barbotó el criminal.

Sonó el chasquido del seguro al saltar de su engarce. McKenna pensó que había hecho cuanto estaba en su mano y que ya solo le quedaba morir luchando. Se inclinó un poco hacia adelante, como un muelle contraído y pronto a saltar...

Entonces sonó el seco chasquido de un disparo. Pero no de la gran automática, sino de un arma de pequeño calibre... un revólver ridículamente pequeño...

Morley dio un traspié. Más que dolorido, pareció asombrado de que aquello le sucediera a él, cuando tenía semejante cañón en la mano. Luchó salvajemente para apuntar a su enemigo..., pero el brazo se negó a obedecerle. Poco a poco sus ojos se velaron y una bocanada de sangre le inundó los labios, deslizándose por su barbilla. Se desplomó sobre la mesa como si de repente alguien le hubiera empujado.

Dan, estupefacto, apenas si pudo apartar la mirada del cuerpo derribado. No comprendía aquello. Era inaudito...

Lo comprendió cuando la voz dijo:

—He llegado muy a tiempo, ¿no es cierto, querido? En la puerta, maravillosa, adorable con su prieto traje de noche de generoso escote, April le miraba con ojos brillantes. En su mano derecha sostenía descuidadamente un revólver diminuto, cuyo niquelado cuajado de

arabescos reflejaba la luz de las lámparas.

—Dime algo, amor..., por lo menos eso que suele decirse en estos casos.

El reaccionó tardíamente. Trató de sonreír.

—Creo que me has salvado la vida, encanto —murmuró—. Jamás hubiera pensado que fueras capaz de matar a un hombre.

Ella avanzó. El ajustado vestido de moaré de plata producía un leve susurro, pero estaba tan apretado a la piel que reflejaba los menores estremecimientos del cuerpo. Era una visión de vértigo a pesar de las circunstancias.

Dan apartó la mirada de aquella visión que le turbaba y se ocupó de recuperar su propio revólver. Después, reunió las armas de los caídos y, finalmente, volvió a enfrentarse con la adorable visión de April.

—Ahora, dime cómo me has encontrado. Y aclárame quién demonios te enseñó a disparar de esa manera.

Ella le enseñó los dientes en una sonrisa felina.

—La CIA, cariño.

Esta vez, Dan renunció a sorprenderse. Encajó la noticia estólidamente, sin parpadear. Sólo que en su interior se llamó estúpido un par de veces.

—Ya veo —gruñó al fin—. Debes haber pasado buenos ratos riéndote de mí, ¿no es cierto, linda?

Ella sacudió la cabeza.

—He pasado ratos deliciosos contigo, no riéndome de ti. ¿Es que eres tan soberbiamente tonto que no puedes comprenderlo? Una mujer no puede fingir ciertas cosas con tanta perfección como yo te demostré.

—Ya veo —repitió, aturdido.

Ella señaló el cadáver de Morley.

—¿Por qué se disponía a matarte? Hasta ahora era simplemente un tahrúr...

—Se había metido en grandes negocios. Pero hálame de ti. ¿Dónde entra la CIA en esto?

—Es largo de contar. Pero debemos irnos de aquí. No estoy en situación de hacer pública mi presencia como agente de la CIA todavía...

El dirigió una última mirada a los cuerpos derribados. Los dos pistoleros, si es que vivían, tardarían en volver a la realidad; de modo que se desentendió de ellos y acompañó a la muchacha hasta el exterior.

—Tengo el coche a cierta distancia —le informó ella. —Me ha costado un poco volver a encontrar la pista del que te llevaba...

—¿Quieres decir que nos seguiste?

—Claro. Salía de mi habitación cuando te vi abandonar la tuya en compañía de los dos gorilas. No me gustó el aspecto de comitiva forzada y anduve hasta la calle siguiendo tus pasos. Perdí un poco de tiempo hasta

que llegué a mi auto y lo puse en marcha...

—No advertí que nadie nos siguiera...

—Eso también es el resultado de las lecciones recibidas —rió April—. Lo cierto es que perdí la pista cuando abandonaron la carretera principal. Eso me retrasó.

—Comprendo. Ahora es cuando yo debería darme de bofetadas por haber perdido el tiempo sospechando de ti.

El coche era un dos plazas, descapotable. Ella se colocó ante el volante y susurró:

—¿Adónde quieres que te lleve?

—Al aparcamiento del hotel. Necesito mi coche.

—¿Por qué?

—Debo comunicar por radio con mi compañero. Vamos a tener que movernos esta noche.

—¿Eso es tan urgente?

Él la miró, sorprendido.

—Lo es —afirmó.

—¿Tanto que ni siquiera puedes besarme?

Sonrió. Realmente, la urgencia resultó algo elástico, porque cuando tuvo a la mujer entre sus brazos todo lo demás pasó a segundo término.

Al dejarle libres los labios, murmuró:

—Nunca pensé que fuera capaz de besar a un agente de la CIA...

La residencia de Bowman estaba silenciosa y oscura. Sólo en una ventana había luz. El jardín era una masa de negrura en la que se confundían los árboles y la vegetación con el negro de la noche.

No obstante, de esa oscuridad casi impenetrable se desprendieron tres sombras como fantasmas. Avanzaron con gran cuidado, procurando pisar el césped para evitar todo rumor. Una cuarta sombra se les unió a pocos pasos del edificio.

—Tiene un visitante —susurró el último aparecido. —Esperaremos a que se quede solo.

Era un hombre alto y recio, de cabello negro y lacio. Los otros guardaron silencio, porque cuando Barrios disponía una acción solo quedaba obedecer y nada más.

El cabecilla del grupo se deslizó hacia la fachada de la casa. Una vez más, trató de ver a través de la cortina que velaba la ventana iluminada, pero fracasó. Furioso por aquella pérdida de tiempo volvió atrás, reuniéndose con sus esbirros.

Uno de ellos murmuró, con una voz apenas audible:

—¿Está seguro que no hay nadie más, señor?

—Cuando el visitante se vaya quedará absolutamente solo. Será fácil. Y nada de ruido.

—Un cuchillo no hace ruido alguno.

—Bien...

Guardaron silencio. El tiempo pasó, lento y pesado, enervante.

En la oscuridad, Barrios consultaba su reloj muy a menudo. Las cifras luminosas de la esfera semejabán ojos malignos mirándole desde su muñeca.

—Ahora —susurró.

La puerta acababa de abrirse y un rectángulo de luz se extendió por el porche. Dos hombres aparecieron, hablando animadamente. Uno era Bowman. El otro resultaba un perfecto desconocido para Barrios y sus sicarios.

Los hombres se estrecharon la mano. La voz de Bowman llegó perfectamente clara hasta los emboscados cuando dijo:

—Buenas noches, Torrence. Mañana noche todo habrá terminado.

Tenga mucho cuidado hasta entonces.

—No tema, será tan fácil como quitarle la merienda a un niño.

—¿Dónde ha dejado usted el coche?

—A cierta distancia de la casa. Es más discreto.

—Magnífico, Torrence. Buenas noches —repitió el dueño de la casa.

El visitante se alejó por el sendero, perdiéndose en la oscuridad.

Bowman tardó unos segundos en volver sobre sus pasos y cerrar la puerta.

En aquel momento, las sombras agazapadas en el jardín empezaron a moverse.

Fuera, en la calle, Torrence anduvo hacia donde había dejado el coche silbando de manera muy queda, satisfecho de sí mismo. No vio a los dos hombres hasta que se colocaron uno a cada lado y una voz le advirtió:

—¡Quieto! Somos agentes del FBI. Necesitamos hablar con usted.

Torrence dio un salto, dominado por el pánico. Trató de echar a correr, pero un puño como una roca surgió de alguna parte y se estrelló en su quijada, derribándolo como a una res apuntillada.

Terry murmuró:

—¿Adónde pensaría que podía llegar corriendo?

Dan McKenna se inclinó. Gruñó entre dientes:

—Le has sacudido demasiado fuerte. Tardará más de diez minutos en recobrar el conocimiento.

—Entonces, lo dejaremos amarrado en el coche mientras entramos a ver a Bowman...

—Es mejor que vaya yo solo. Tú quédate con éste y cuando despierte trata de preguntarle por qué tenía tanta prisa.

—Haré algo más que eso, déjamelos a mí.

Terry arrastró el cuerpo inerte hasta donde estaba su propio auto, mientras McKenna se internaba por el oscuro jardín.

Se dijo que, esta vez, Bowman iba a tener motivos más que sobrados para asustarse. Entonces oyó el grito, un lamento ahogado procedente de la casa.

Echó a correr con el revólver en la mano. Antes de llegar vio que la puerta estaba abierta y unas figuras se movían en el interior. Sus sombras bailaban en el porche, dentro del rectángulo luminoso procedente del vestíbulo.

—¡Alto ahí! —gritó—. ¡No se muevan!

Una de las sombras se materializó fuera. Dan vio la pistola que aquel tipo empuñaba y se detuvo en seco.

—¡Tire el arma! —ordenó—. ¡Entréguense a la policía federal!

Alguien, en el interior, exclamó en español:

—¡Federales!

En el mismo instante, el tipo disparó. Dan se dejó caer de rodillas y apretó el gatillo con calma. Vio a su enemigo dar un salto ridículo y pegar de cara contra uno de los soportes del porche. Luego pareció que quería agarrarse a la columna, pero no lo consiguió y cayó hacia atrás sin un lamento.

Hubo un revuelo en el interior. Ordenes secas y rotundas, y otras armas entraron en combate. McKenna se arrastró como un piel roja, apartándose de la luz. Tras él oyó los pasos de Terry, y la voz de éste cuando gritó:

—¡Dan!

—¡Silencio o te cerrarán la boca con plomo! —le advirtió.

Su compañero se reunió con él, excitado.

—¿Qué infiernos pasa aquí? —quiso saber.

—No lo sé, pero sean quienes sean hablan en español y no vacilan en disparar contra los federales... ¡Ahí va uno!

Su revólver ladró dos veces. El hombre que trataba de escapar aulló al rebotar contra la pared. Después cayó y ya no gritó más.

—¿Entramos? —propuso.

Terry dijo:

—Yo entraré. Tú cúbreme.

—Nones. Vamos, los dos.

Corrieron agazapados hasta colocarse uno a cada lado de la puerta.

Dentro no se oía nada excepto un débil lamento. Podía ser una añagaza, pero podía ser un herido. McKenna aspiró hondo, apretó firme la culata de su «38» y brincó en el aire, precipitándose al interior.

Terry le siguió con un grito de advertencia.

Ambos se detuvieron en seco ante el corpachón de Bowman, que gemía sobre su costosa alfombra. Tenía un cuchillo clavado en el costado y la sangre deslizábase por el borde de la herida.

—¡Escapan por detrás! —gritó Terry, precipitándose al interior.

Consiguió llegar a la puerta trasera. Entonces, una bala levantó astillas del marco de la entrada.

Se aplastó a un lado de la pared, deslizándose al suelo con los nervios en tensión. Oyó pasos que se alejaban, pero cuando trató de salir, una pistola entró en liza y la bala zumbó casi rozándole la cabeza.

—Han dejado a uno para guardar la salida... El tipo importante debe ser el que escapa.

Retrocedió apresuradamente hasta localizar una habitación lateral. Abrió la ventana y saltó al exterior.

Andar por el jardín a oscuras, sabiendo que había un asesino acurrucado en alguna parte esperando cazarle, no resultó ninguna experiencia agradable. Dio un rodeo. Minutos más tarde estaba a espaldas del hombre apostado detrás del grueso tronco de palmera.

—Bien, se acabó, pájaro —dijo.

El sorprendido pistolero giró en redondo. Empuñaba una pistola automática, aunque de nada le sirvió. Terry disparó y el tipo fue arrojado contra la palmera por el impulso del proyectil.

—Vamos, no estás muerto —gruñó el federal, acercándose—. A menos que me haya fallado el tiro...

No le había fallado. La sangre saltaba a borbotones del hombro derecho del individuo. Este trataba de contener el surtidor de sangre con la mano izquierda. Estaba mortalmente pálido y en la oscuridad, su cara resultaba como una mancha blanca.

Terry lo levantó en vilo, empujándolo ante él.

—Vamos, charlaremos un poco ahí dentro, camarada. Andando...

Dando traspiés, y gimiendo tanto de dolor como de espanto, el pistolero se dejó llevar.

Dan McKenna había colocado al traficante de armas sobre un diván. El cuchillo seguía hundido en la herida, pero le había colocado un pañuelo sujetándolo.

—He telefoneado al médico —dijo—. Manda una ambulancia... ¿Quién es ése?

Terry se encogió de hombros.

—Nuestro único botín. El otro ha escapado, mientras éste le cubría la retirada.

—Sácalo de esta habitación. Voy a tratar de hablar con Bowman, interrógalo mientras llega la policía. ¿Y el del coche?

—Esposado a la barra del volante. No se irá, no te preocupes.

—Vaya noche...

Terry, a empujones, se llevó a su prisionero hacia una habitación interior. Antes de abandonar el vestíbulo, le advirtió:

—Si sabes, empieza a rezar, compadre, porque voy a hacerte pedazos...

Dan se inclinó sobre Bowman. Sabía que la herida no era mortal, aunque sí en extremo dolorosa. Pensó que era la ocasión de desenmascarar al miserable negociante de muerte y le espetó:

—¿Me oye, Bowman? ¡Conteste!

El herido parpadeó débilmente. Una mueca de dolor distendía sus facciones, flácidas y mofletudas.

—Usted... —balbució.

—Está muriéndose, Bowman, de modo que es inútil todo lo que haga por ocultar sus planes. Ya no podrán llevarlos a la práctica.

—Un médico... por piedad...

—Usted no ha sentido piedad en su vida, maldito sea. ¿No se ha detenido nunca a pensar cuánta sangre han vertido sus armas, cuánta miseria ha sembrado para enriquecerse?

Bowman cerró los ojos. Estaba sufriendo endiabladamente, pero Dan se esforzó por no sentir lástima alguna. Prosiguió:

—¡Vamos, hable mientras le quedan fuerzas! ¿Qué armas debía vender usted al coronel Andiles?

El herido le miró otra vez, suplicante.

—Un médico... —repitió.

—¡Hable primero!

—Una partida de «T-7»...

Dan se estremeció.

—¡Más claro! ¿Dónde tiene usted esas armas?

—No las tengo todavía... íbamos a robarlas mañana noche... Un envío del Ejército...

—¿Cómo se atrevían a asaltar un envío militar?

—Ninguna violencia... ¿no entiende? El convoy se detendría... para un cambio de unidades... Entonces... podríamos sustituir las cajas... Doscientos «T-7» eran suficientes...

—Seguro.

Sabía qué clase de arma era aquella. Unos rifles pesados, equipados para lanzar pequeñas granadas semejantes a las antitanque, pero con cabeza nuclear. Un arma apenas experimentada, capaz de derrotar a un ejército cualquiera equipado con armamento convencional.

—¿Y Morley, dónde intervenía?

El herido apenas podía hablar.

—Financiaba... la operación... y ponía sus hombres...

—Ya veo. ¿Quién era el que ha salido de aquí antes del ataque?

—¡Me muero!... ¡Un médico!

Lejos, empezó a oírse una sirena. Dan comprendió que tenía que apresurarse.

—¡Hable! ¿Quién era?

—Torrence... encargado del cambio de unidades... mi «contacto»...

—Entiendo.

La sirena se oía más cerca. El herido la oyó al fin y sus ojos se abrieron, esperanzados.

—Vienen... ¿verdad? —sollozó.

—Seguro que vienen. ¿Dónde está el enlace de Andiles?

—El propio Andiles... en el «Modern Motel»...

—¡Demonios!

La ambulancia rechinó los frenos sobre la gravilla del jardín. Sonaron voces y pasos. Otra sirena se acercaba a toda velocidad.

—Muy bien, Bowman, no morirá de esta herida, pero tengo la esperanza de que entre en la cámara de gas por la muerte de mis compañeros.

Bowman se estremeció. Empezó a gimotear.

—¡Yo no lo intervine... Morley mandó a sus... sus pistoleros... contra Field... mi socio... yo no lo supe hasta después...!

Entró un médico, apresurado y nervioso, seguido de dos enfermeros sosteniendo una camilla. Dan gruñó:

—Tiene el cuchillo en la herida todavía, doctor. No he querido sacarlo para no provocar una hemorragia...

El médico se inclinó sobre Bowman, cuyos ojos desorbitados seguían sus movimientos con esperanza. Cuando se incorporó, el doctor advirtió:

—Ha hecho usted muy bien, joven...

—Soy agente federal, doctor. Ocúpese de que este hombre quede debidamente custodiado. ¿Entiende?

—Sin duda.

—¿No voy a morir? —gimió el gordo.

—¿Morir? No, hombre; nadie muere por una herida como esta —rió el médico, preparando gasas y vendas para sacarle el cuchillo.

La cabeza de Bowman cayó a un lado y sus ojos se fijaron en McKenna brillantes de reproches.

—¡Pero usted dijo...!

Dan se encogió de hombros y giró sobre sus talones. Ya sabía todo lo que le interesaba referente a Bowman y su último negocio. Ahora solo faltaba encontrar a los asesinos de sus compañeros.

Terry estaba en una salita interior, con el revólver en la mano, frente a su prisionero.

El detenido era un hombre de unos treinta años, de mediana estatura, delgado y fuerte. La sangre empapaba su camisa y su chaqueta.

—¿Qué pasa? —indagó.

Terry dijo con disgusto.

—Sólo habla español. Yo no entiendo una maldita palabra... Está muy asustado.

McKenna miró al herido. Hizo una mueca de ferocidad cuando gruñó:

—Entonces, vamos a librarnos de él. Sácalo por detrás y en el jardín le cortas el cuello. Todo el mundo creerá que han sido los fugitivos quienes, lo han hecho. Andando.

—¡Oye...!

Terry se interrumpió al comprender. Y también el prisionero había comprendido, porque se levantó de un brinco, olvidándose de su hombro atravesado, y chilló:

—¡No pueden hacerme esto! Me dijeron que la policía de este país no trabajaba así... En el mío bueno, pero no aquí... ¡No pueden hacerlo!

—Este era el que no entendía inglés —rezongó Terry. Luego guardó el revólver, lo sujetó por las solapas y gruñó—: Se acabó la comedia, tipo listo. ¿Quién ha escapado?

—Barrios... él es el jefe... intendente de Policía Política...

—Un pez gordo.

—¡No pueden hacerme daño! —insistió el herido.

—De ti depende...

El hombre había perdido el control. Se sentía solo y desamparado, en un país extraño y en el cual sucedían cosas que él no había calculado. Estaba seguro de que les habían engañado en su tierra para que aceptasen una misión suicida...

—Les diré todo... Van a dirigirse a la playa para regresar a nuestro país... todos...

—¿Quiénes son todos?

—Los que Barrios eligió para esta misión...

—¿Son policías en su país?

—Algunos, sí...

Dan suspiró hondo.

—Escúchame bien, y no me mientas. ¿Fueron tus compinches, y ese Barrios, quienes atacaron a los federales en la playa, la noche del huracán?

—Sí...

Los dos hombres del FBI se miraron largamente, un brillo acerado centelleó en los ojos de McKenna.

—Lo sabía —murmuró—. Estaba seguro...

Sin que le preguntaran, el hombre dijo:

—Fue una orden del cónsul... para que la policía creyera que eran sicarios del coronel Andiles quienes lo habían hecho... para que los persiguieran a ellos.

—Y casi lo consiguieron. ¿En qué lugar de la playa van a reunirse?

—Un sitio llamado «Mount Rock», dos millas antes de Homestead...

—¿Y una vez allí?

—Una lancha. Un buque navega en círculos a pocas millas de la playa, esperando órdenes. Ya ha sido avisado.

—Comprendo. Bueno, Terry, llama al doctor y dile que aquí tiene otro paciente en las mismas condiciones. Tú y yo haremos una excursión esta noche.

Terry le miró con los ojos cargados de dudas.

—¿No sería mejor pedir refuerzos a la policía local? —insinuó.

—¡Al demonio la policía! Esos tipos son asunto nuestro. ¿Conforme?

Terry sonrió.

—Conforme. Después de todo, si no nos han matado hasta ahora no hay razón para que no puedan hacerlo durante el resto de la noche... ¡Estaba más tranquilo cuando solo servía de enlace!

Salió, riéndose por lo bajo. La proximidad de otra batalla le excitaba como una droga.

Dan encendió un cigarrillo. Pensó que aquella misma noche todo

habría terminado y el amargo recuerdo de sus camaradas caídos se borraría de una vez de su mente. Entonces podría dedicarse de pleno al otro asunto que le inquietaba.

April.

Aunque la inquietud que ella le producía era de otra índole, por supuesto.

La costa estaba desierta. Promontorios rocosos se alzaban aquí y allá, creando sombras y formas fantásticas.

En el mar, a lo lejos, los *cayos* semejaban olas inmovilizadas por alguna suerte de encantamiento. El aire estaba quieto y un techo de nubes ocultaba la luna, sumiendo la tierra en amenazadora negrura.

Los hombres se agazapaban en las rocas, esperando, silenciosos, la salvación.

Barrios los miró con disgusto. Era preciso sacarlos del país antes de que fuera demasiado tarde. Él tenía pasaporte en regla, pasaporte diplomático. No podrían molestarle siquiera. Pero aquellos hombres no. Ellos eran un riesgo demasiado grande... Los hombres del FBI podrían atemorizarlos hasta el extremo de que abrieran la boca.

Uno de ellos susurró:

—¿Tardará mucho, señor?

—Es una lancha pequeña y rápida. Depende del buque que estará esperándola en aguas internacionales. No se impacienten, calma.

No replicaron. Justo en aquel momento se oyó un lejano zumbido.

Barrios gruñó:

—¡Ahí viene!

Otra voz, autoritaria, seca como un trallazo, surgió de alguna parte, sorprendiéndoles. La voz ordenó—: ¡Levántense con las manos en alto!

Barrios dio un salto buscando la protección de las rocas. Otra voz, a su izquierda, advirtió:

—¡No tienen escapatoria! Entréguense al FBI.

—¡Malditos! —Barrios se arrojó detrás de una roca. Olvidó su pasaporte diplomático, olvidó que tenía inmunidad diplomática ante la idea de que los malditos federales iban a capturar a sus hombres. La pistola apareció en su mano como si siempre hubiera estado allí.

En español, ordenó:

—¡Resístanse, maten a todo el que trate de detenerlos! La lancha nos sacará en unos minutos...

Desde su parapeto rocoso Dan McKenna oyó la orden y encajó las

mandíbulas en un gesto de furor. Lo prefería así, porque ahora ya sabía que aquellos eran los asesinos de sus compañeros, acribillados bajo el huracán.

Elevando la voz, gritó:

—¿Listo?

Terry, a cierta distancia, dejó oír la suya, aguda como un clarín:

—¡Adelante, muchacho!

Dan levantó el cañón de su fusil ametrallador. Un largo trueno se levantó cuando apretó el disparador. La llamarada lamió la roca y los proyectiles rugieron en busca de víctimas.

El arma automática de Terry formó pronto coro con la suya. Apenas si dejaban de disparar el tiempo justo de cambiar el cargador. Sabían el valor que tenía el ininterrumpido estruendo, el aullido de los proyectiles al arrancar esquirlas de piedra. Un valor desmoralizador por completo para aquellos hombres acorralados, cuyos revólveres no podían competir con la infernal lluvia de plomo que les aplastaba contra la arena.

El motor de la canoa, inaudible a causa del estruendo de las armas, se acercaba. La silueta oscura de la embarcación se distinguía ya, avanzando desespacio, a la expectativa del resultado de la batalla.

McKenna cesó de disparar por unos instantes. Una bala aulló muy cerca de su cabeza. No se movió. Esperaba. No podían tardar en perder la serenidad... a menos que fueran unos héroes, cosa que no creía...

El primero en dejarse desmoralizar fue uno que estaba en el extremo derecho del amontonamiento de rocas. Echó a correr hacia el agua, saltando desesperadamente.

Al instante, una ráfaga partió en su busca. Primero, levantó surtidores de arena tras el fugitivo. Luego, le alcanzó, levantándolo en el aire como un pelele, antes de dejarlo caer convertido en una criba.

Dan McKenna volvió a enmudecer su ametrallador. Sólo las continuas ráfagas del arma de Terry ahogaban los secos estampidos de las pistolas.

Un grito de muerte se elevó de las rocas. El ametrallador de Terry también enmudeció, como dándoles una tregua, unos instantes para reflexionar y rendirse.

La lancha se había detenido a cierra distancia, sin saber si avanzar o retroceder. Dan acabó de decidir a su tripulante mandándole una andanada de plomo que levantó surtidores de agua, antes de agujerear el casco de madera de la embarcación. Instantáneamente, el motor rugió, la lancha giró y emprendió la huida a toda velocidad, dejando tras sí una estela de blanca espuma.

Un confuso grito se elevó de entre las rocas. Ahora ya sabían que no tenían ninguna esperanza de huida...

Dan les mandó otra ráfaga, imitado por Terry desde su escondite. Alguien, allá en frente, aulló:

—¡Basta, nos entregamos!

McKenna se irguió. Oyó otra voz en español:

—¡Cobarde!

El seco estampido de un revólver, un grito de agonía y silencio otra vez.

Dan se arrastró por la arena, apartándose del lugar desde donde había combatido hasta entonces. Buscó la protección del tronco de una palmera, inclinada y corpulenta. Desde allí distinguió algunas sombras que se agitaban en el promontorio rocoso. Sus dientes chirriaron salvajemente.

Levantó el ametrallador manteniéndolo a la altura de la cintura. El arma cobró ruidosa vida de repente y las sombras saltaron como muñecos, en todas direcciones, gritando de dolor, gimiendo, muriendo en medio de la tempestad de plomo que surgía de la noche con la efectividad de una guadaña gigantesca.

Cuando el arma enmudeció una vez más ya no hubo más disparos. Un silencio ominoso invadió la tierra y casi se diría que hasta el mar lo respetaba al ahogar el perezoso chapoteo de sus olas...

Dan se irguió y avanzó, encorvado y precavido. Desde su posición, Terry gritó:

—¡Cuidado, Dan, espérame...!

No le esperó. Siguió hasta las rocas, donde pudo contemplar el horrible espectáculo de los cuerpos retorcidos y sangrantes. La pesadilla había terminado. Los agentes asesinados ya no reposarían solos en el más allá. Habían sido justamente vengados.

Oyó a Terry que se aproximaba, pero no se movió. Estaba como petrificado ante el atroz espectáculo. Un gran vacío se había hecho en su estómago y él mismo se sentía como si flotara. Era una sensación irreal.

Entonces oyó el grito de alarma de Terry, y el rugido del ametrallador. Se volvió a tiempo de ver a un hombre retorcerse bajo los impactos, mientras de sus dedos muertos se desprendía el revólver con que había tratado de asesinarle por la espalda.

—Si eso no es llegar a tiempo... —rezongó el agente federal de enlace, reuniéndose con él.

Dan se inclinó sobre el último caído. No le costó encontrar un pasaporte diplomático en su bolsillo. Barrios había mordido el polvo junto con sus esbirros, llevado de su afán de destrucción, de su amor a la violencia...

Volvió a dejarlo donde estaba y retrocedió.

—Ahora podemos dar aviso. Eso levantará una tormenta diplomática y quizá nos decida a adoptar otra actitud con ciertos gobiernos...

—Llámalos por la radio del coche. Yo me quedaré aquí.

McKenna anduvo por la arena, cabizbajo, hacia la carretera cercana donde estaban los dos coches y el que habían utilizado los fugitivos.

Su mente era un caos, el vacío en su interior amenazaba con provocarle fuertes náuseas. Se dijo que todo eso pasaría y que, afortunadamente, el FBI resolvería otros casos distintos, sin tanta violencia, sin tanta sangre...

Y luego, el futuro se abría esperanzador, con una meta hermosa de piel suave...

Llegó a la vista de la carretera. Se detuvo, estupefacto. Había otro coche detenido junto a los suyos. Apretó el ametrallador en la mano y reanudó el avance.

Entonces surgió la voz, a su derecha:

—¡Dan!

Giró. April corría a su encuentro con impulso incontenible.

Se lanzó a sus brazos como un proyectil. Él hubo de soltar el arma para sujetarla a ella y la abrazó como sí, fuera su tabla de salvación.

—April... querida —susurró—. Te necesito, mi amor...

—Lo sabía... sabía que ibas a necesitarme... Bésame, Dan... Todo ha terminado.

En realidad, solo empezaba. El beso fue un estallido en la oscuridad. Estrechamente unidos, como si quisieran fundirse el uno en el otro para no separarse jamás...

Aislados en un universo en el cual solo existía su amor, el beso, la pasión que les llenaba de vida y felicidad...

No oyeron los pasos de Terry acercándose, ni el gruñido de éste cuando los descubrió, ni siquiera se dieron cuenta que pasaba junto a los dos, mascullando:

—Conque iba a llamar por radio... ¡Con mil demonios! Si me quedo esperando me amanece en la playa...

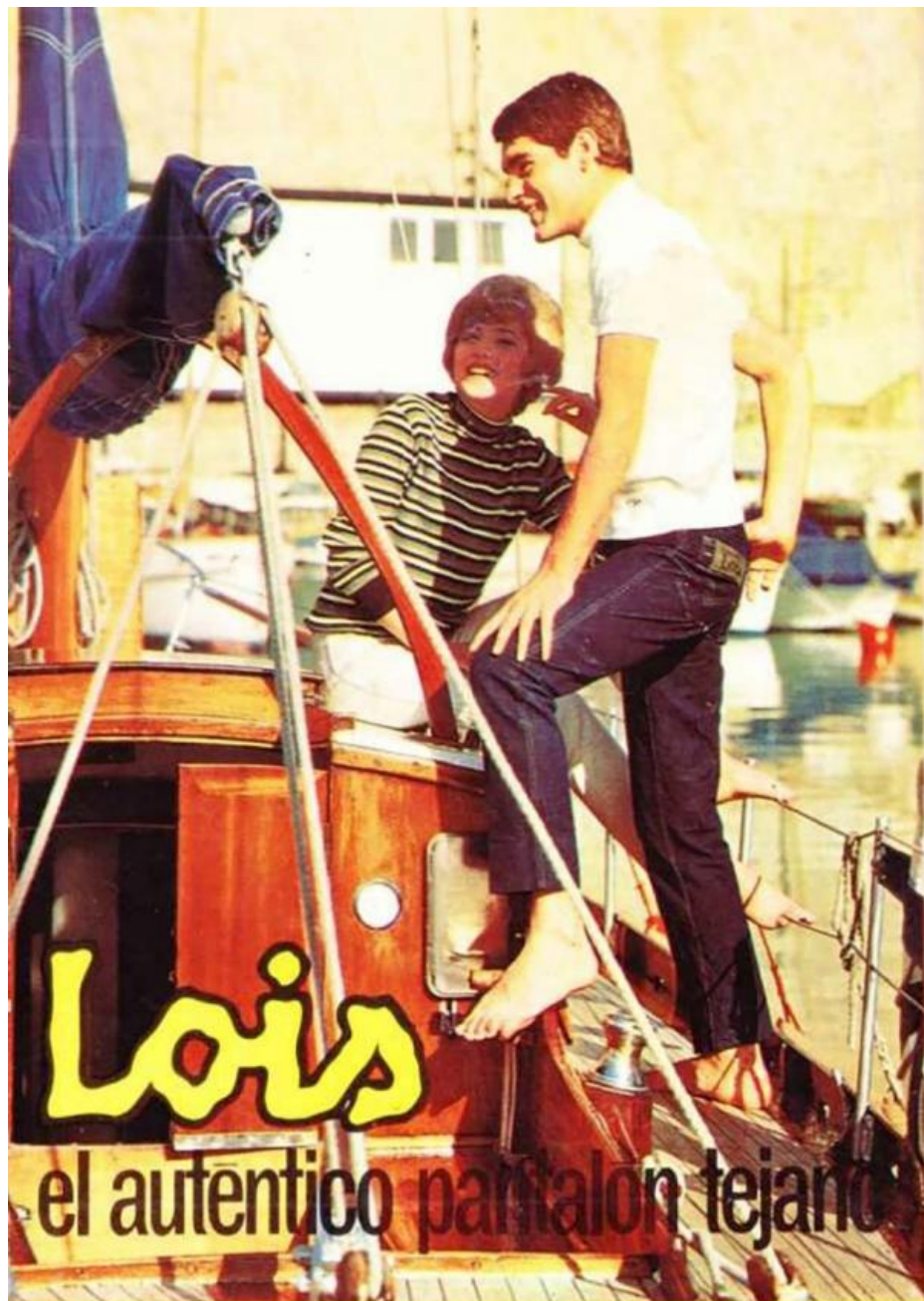
¡Idiotas!

No le oyeron. O no quisieron oírlo. ¿Para qué?

No existía Terry, ni la violencia, ni la traición. Ni siquiera la muerte, porque el amor es vida y ellos se sentían hundir en un mundo de pasión y amor.

Un mundo suyo.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.